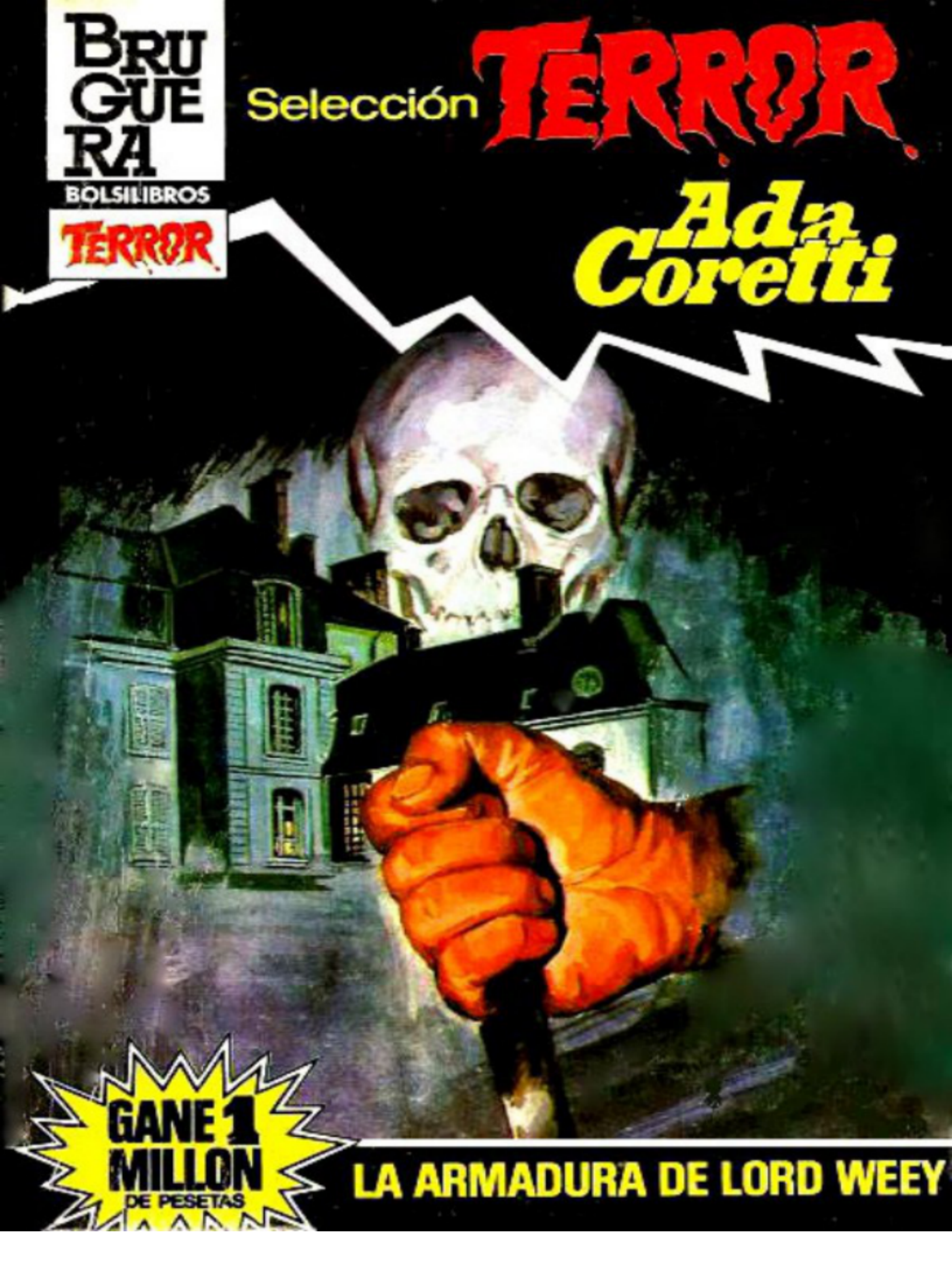

BRU
GUE
RA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ada
Coretti
GANE 1
MILLON
DE PESETAS
LA ARMADURA DE LORD WEEY

SELECCION

TERROR

ENCONTRARAS OBRAS DE ESTA MISMA AUTORA

EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Selección Terror

ADA CORETTI

LA ARMADURA

DE LORD WEEY

Colección Selección Terror nº 600

Publicación Semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

1º edición en España: enero, 1985

1º edición en América: julio. 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.

Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, asi como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de ¡a imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 84 02 02506 4 / Depósito legal: B. 40.319 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallés (Barcelona) – 1985

CAPÍTULO PRIMERO

El fuerte viento zarandeaba con furia, casi con rabia, las ramas de los árboles a ambos lados de la carretera.
El coche, con Clark Murray en su interior, torció a la derecha por el camino particular y no se detuvo hasta iluminar con sus focos la fachada de la mansión victoriana.
Ya ante la puerta amplia y recia del edificio, el detective Clark Murray se apeó, cerrando a continuación la portezuela. Instantes después hacia sonar el aldabón.
Esperaba que Victor Weey le recibiera de inmediato. Habían convenido por teléfono en que le estaría esperando.
Pero Victor Weey, de pequeña estatura, delgado, el heredero de aquella inmensa y suntuosa mansión, no estaba...
Había salido corriendo, atropelladamente, como huyendo de algo horrible, espantoso.
Pudo ir en busca de sus primas Amanda y Myrna. Pudo ir en busca, también, de su primo Stewart, o de la esposa de éste, Penélope. O pudo asimismo recurrir a su hermano Donald. Todos vivían bajo aquel mismo techo.
Sin embargo, Victor Weey perdió los nervios de tal modo que sin saber lo que hacía abandonó rápidamente la biblioteca, cruzó el espacioso vestíbulo y huyó de la mansión. Lo mismo que si un fantasma le estuviera persiguiendo.
¿Qué había sucedido...?
Victor Weey se hallaba en la amplísima biblioteca, cerca de la encendida, de la crepitante chimenea. Era aquel su lugar favorito. Allí siempre se sentía a gusto.
Las paredes de la estancia estaban repletas de libros, de arriba abajo. Había cómodos sillones acogedoramente situados. En una de las esquinas se exhibía la armadura de lord Weey, el antepasado del que se contaban grandes gestas.
Era aquella una armadura como cualquier otra. Se componía de yelmo, gorguera, coraza, quijote o escarcela, manopla, guardabrazos, rodela y demás piezas. La mano de hierro de aquella armadura sostenía una gruesa y pesada espada, como queriendo hacer alarde de la valentía que caracterizó al guerrero que luchó protegido por ella.
De pronto, Victor Weey levantó la vista del libro que estaba leyendo. Había oído como si unos pesados pies se desplazaran de un lugar a otro.
Se quedó rígido como un madero, helado como un trozo de hielo. La armadura avanzaba hacia él, lenta, un poco pesadamente, pero sin detenerse.
Acertó a ponerse en pie y a retroceder unos pasos. Pero no pudo

contener sus jadeos, sus estremecimientos. En cuanto a sus ojos, empezaron a girar en sus órbitas.
En aquel momento oyó la voz. Una voz que sonaba a ultratumba, a muerte.
—He recobrado la vida...
¿Acaso puede tener vida una armadura? No, imposible. Una armadura es sólo un armazón de hierro, sin nada dentro, algo hueco, vacío.
Sin embargo, la voz había sonado y Victor Weey la había oído perfectamente.
—¿Quién eres? —preguntó con un escalofrío nervioso.
Se había quedado sin resuello por el mero hecho de pronunciar estas dos palabras. Lo que no era de extrañar. Todo aquello estaba resultando espeluznante, demencial.
—Soy lord Weey.
Victor Weey movió la cabeza negativamente, obstinadamente. Eso no podía ser cierto. De ninguna manera.
—Lord Weey murió hace siglos —musitó, teniendo la sensación de que los pulmones le iban a estallar, y también la cabeza.
—Acabo de decírtelo, he vuelto a la vida —volvió a oír aquella voz—. Y de ahora en adelante yo seré el verdadero dueño de esta mansión y actuaré en consecuencia... He preferido decírtelo, para que sepas mejor a qué atenerte.
Como sea que la armadura siguiera avanzando, Victor Weey optó por retroceder de nuevo unos cuantos pasos. Lo que hizo, viéndose reflejado en una de las cristaleras de la biblioteca.
Y fue entonces, al reparar en lo mortalmente pálido que se había puesto, en el temblor que le agitaba, cuando no pudo dominar su impulso de huir como un poseso.
Y no lo pensó más, pues no se hallaba en condiciones de razonar. El miedo danzaba, bailoteaba frenéticamente dentro de su cabeza.
Luego de una breve vacilación, tras apoyarse en el respaldo de un sillón, desmayadamente, se precipitó hacia la puerta de acceso al espacioso vestíbulo. Al cual se abrían también las puertas del comedor, del salón principal, de la salita y del despacho.
Poco después, Victor Weey estaba lejos de la vieja mansión.
Parecía como si, por unos instantes, se le hubiera ocurrido la idea de no volver nunca por allí. Pero esa idea, si es que realmente la tuvo, era ilógica e irrazonable. A pesar de lo que le había sucedido. Sobre todo porque sabia que aquella misma noche llegaría Clark Murray, el detective cuyos servicios había contratado.
No obstante, para cuando se serenó algo y comprendió que debía afrontar con serenidad y valentía aquellos hechos, estaba ya demasiado lejos de allí, de la mansión, y un fuerte viento arremolinaba

las hojas secas esparcidas por el suelo. Por lo demás, estaba oscureciendo con inusitada rapidez.
Aun así, al darse cuenta de que había llegado hasta el cementerio, Victor Weey sintió el deseo de entrar y de acercarse a la tumba de su abuelo paterno, Sidney Weey, un hombre al que nunca quiso, un hombre que nunca le quiso a él, pero alguien que, en definitiva, le legó a su muerte toda su fortuna. Lo que no es decir poco. Sidney Weey era un hombre fabulosamente rico.
Entró en el cementerio. Un cementerio que no solía visitar. Aquel lugar le oprimía el espíritu, le encogía el ánimo.
En esta ocasión, sin embargo, experimentaba una sensación distinta, y deseaba acercarse a la tumba de su abuelo. Sentía la perentoria necesidad de preguntarle bajito, muy bajito, si lord Weey murió de verdad...
No llegó a la tumba de su abuelo. Se detuvo en medio del sendero principal porque una sepultura llamó su atención. En la lápida de esa sepultura, un hombre, con el rostro picado de viruela, estaba grabando unas letras con el cincel impulsado con breves y precisos golpes de martillo. Aprovechaba las últimas claridades del día.
Las letras eran muy legibles.
Y Victor Weey leyó:
«Aquí yace...»
Pero antes de iniciar la inscripción del nombre, el grabador decidió anotar la fecha. Así que empezó a trabajar más abajo.
Victor Weey se quedó mirando lo que hada. Como si se sintiera atrapado por el sortilegio de aquellos movimientos del cincel de aquellos golpes siempre breves y precisos del martillo.
«1954-1984.»
Tenía treinta aflos, pensó Victor Weey. Estaba en lo mejor de ía vida.
El grabador optó por inscribir ya el nombre. Lo que empezó a hacer sin importarle que estuvieran miréndole.
Grabó la V.
Y Victor Weey se dijo que el muerto, o la muerta, tenía un nombre que empezaba con la misma letra que el suyo.
Grabó seguidamente la I.
Y luego la C.
Victor Weey se había puesto algo tenso. Aunque no excesivamente, es obvio que muchas personas tenían su mismo nombre de pila. Además, que el muerto podía llamarse Victoriano o Vicente... Aparte de que podía tratarse de un nombre de mujer.
Pero el hombre picado de viruela grabó un nombre masculino y precisamente el suyo; Victor. Hecho lo cual, sin con cederse pausa alguna, empezó con el apellido.
Surgió la letra W.

Victor Weey dio un respingo. Luego se quedó escuchando los descontrolados mazazos de su corazón.
Apareció ía letra E.
El joven experimentó como una descarga eléctrica. Aumentó el desbocado y frenético golpear de su viscera cardíaca.
Grabó de nuevo la letra E.
El tercer sobresalto le dejó convertido en algo tan frío, tan helado, como pueda serlo un trozo de pura escarcha. En cuanto a los desenfrenados latidos de su corazón sonaban como un auténtico tambor.
Quedó grabada la última letra. La Y.
—Oiga, amigo... —jadeó.
El lapidario se volvió hacia él.
—¿Me habla usted a mí? —le preguntó.
—Sí, sí —asintió, y seguía jadeando angustiosamente, de un modo lamentable.
—¿Qué desea?
—Se ha equivocado usted de nombre...
—No, no —negó el hombre.
—Esa persona —y Victor Weey indicó la lápida— no ha muerto. Esa persona está viva.
—Sí, ya lo sé —admitió en esta ocasión—, Pero va a morir de un momento a otro, ¿sabe? Así que siempre es bueno ganar tiempo.
—Lo que ha dicho no se ajusta a ía realidad —se atragantó—. Ese hombre no va a morir, es joven y tiene buena salud.
—A mí me han pagado por hacer este trabajo y yo me estoy limitando a hacerlo. ¿Desea algo más de mí? —y se dispuso a marcharse.
Era ya casi de noche y el viento llegaba cada vez más fuerte y más frío. No era de extrañar que el hombre deseara irse lo antes posible.
—No, no deseo nada más de usted...
Apenas se quedó solo, Victor Weey pensó que debía volver cuanto antes a la mansión. Quizá el detective Clark Murray estuviera ya allí. Y él necesitaba ayuda. La necesitaba urgentemente.
Ya fuera de aquel recinto, se dirigió rectamente, sí, hacia la mansión. Quedaba a lo lejos medio velada por la oscuridad de la noche.
Fue acelerando el paso conforme se acercaba. Porque tenía ganas de llegar y porque el frío y el viento, por lo demás, invitaban a no detenerse. Pero al pasar junto a la montaña situada a la derecha, oyó una voz femenina. Una voz dulce y armoniosa como un canto celestial.
—Buenas noches.
Victor Weey se detuvo.
—¿Quién eres? —preguntó al ver a una muchacha de largos cabellos rojos, adorable toda ella, con un cuerpo de en sueño y un porte de

reina, algo casi irreal.
Esa muchacha llevaba un vestido antiguo, de siglos atrás, de color plateado.
—Soy la hija del guardabosques —le dijo la muchacha.
—No te conocía —contestó Victor Weey. Había de preguntarle—: ¿Por qué vistes así...?
—Yo a usted sí le conocía —declaró ella—. Y la verdad es que le amo desde la primera vez que le vi.
—¿Qué dices...? —se sorprendió.
—Espero que algún día llegue a corresponderme. Vivo con esa ilusión —sonrió la muchacha.
En cualquier otra circunstancia, Victor Weey se hubiera
dicho que tenía un buen ligue en perspectiva. Pero se sentía dominado por el miedo, por el horror a todo aquello que le estaba sucediendo, y no pudo pensar en nada concreto.
De todos modos, aunque hubiera pretendido iniciar un devaneo, todo hubiera sido en vano. Alguien estaba cerca de allí dispuesto a impedirlo.
¡Y ese alguien acababa de avanzar hacia ambos! ¡Y lo hacía consciente de que era el más fuerte!
Victor Weey se quedó, una vez más, sin dar crédito a lo que veía. ¡Todo aquello era inaudito, inadmisible! ¡Real y absolutamente inconcebible!
La armadura de lord Weey estaba allí, entre las sombras de la noche. La gruesa y pesada espada se alzaba en el aire.
Y volvió a oír la voz que sonaba a ultratumba, a muerte:
—Esa muchacha es mía. Sólo mía.
La hija del guardabosques ahogó un grito de espanto, de horror, dio media vuelta y echó a correr. Se perdió rápidamente en la oscuridad.
Victor Weey sintió que todo le daba vueltas, que la tierra se resquebrajaba a sus pies. Cerró los ojos por unos momentos.
Cuando los abrió, la armadura de lord Weey ya había desaparecido.
Victor Weey trató de serenar su ánimo y luego siguió avanzando hacia la vieja mansión, que ya se hallaba muy cerca. Pero le faltaban las fuerzas, apenas podía arrastrar los pies.
Tardó en llegar.

* * *

Y al legar lo hizo tan tambaleante, que daba la sensación de que iba a perder el conocimiento de un momento a otro.
Hasta entonces, Clark Murray había permanecido en la salita, donde el mayordomo le había introducido rogándole que esperara.
Durante la espera, el detective había recordado cómo conoció días

atrás a Victor Weey. Se presentó en su despacho de la ciudad, evidentemente muy agitado, muy nervioso, y le dijo que se trataba, no de explicarle lo que le sucedía, sino simplemente de quedar de acuerdo. Así que le telefoneara debería acudir a su mansión. Entonces le pondría al corriente de todo. Si no telefoneaba, significaría que sus temores habían sido, en definitiva, una falsa alarma.
Al verle llegar en aquel estado tan deplorable, poco menos que dando tumbos, Clark Murray se convenció de que se hallaba ante un pavoroso misterio. No hacía falta ver más para convencerse de ello.
Victor Weey pasó de largo ante la puerta de la salita, yendo directamente hacia el otro extremo del vestíbulo.
Ante la puerta de la amplísima biblioteca, se detuvo unos instantes. Como si no se atreviera a entrar. Como si un miedo incontrolado le detuviera.
Finalmente, respiró hondo, sacó fuerzas no supo de dónde y entró en la estancia. Entró temblando, como si aquello fuera un frigorífico.
Ya dentro, miró hacia el lugar que ocupaba la armadura de lord Weey. Hacia donde, al menos, había estado hasta entonces...
Sí, allí estaba. No parecía haberse movido. Idéntica colocación. Análoga posición. Igual e inalterable actitud.
Victor Weey se tambaleó.
Pero la mano de su hermano Donald, sujetándole por un brazo, le impidió caer. Había aparecido en el momento justo.
—¿Se puede saber io que te pasa...?
No respondió, y fue su primo Stewart quien había de decir a continuación:
—Necesito un trago.
Todos sus familiares estaban ya allí, a su alrededor. Todos menos Penélope, la esposa de su primo Stewart. Habían acudido también, pues, sus primas Amanda y Myrna. Y unos y otros, ahora, se miraban entre sí. Se miraban extrañados. No comprendían lo que pasaba.

CAPITULO II

Clark Murray había escuchado atentamente lo que, balbuciente, en medio de un angustioso jadeo, le había referido Victor Weey.

—Como comprenderá —intercaló el detective—, una armadura no puede moverse sola. Ni aquí ni en China.

—Claro que no..., claro que no... —pero por su expresión cualquiera hubiera asegurado que no estaba muy convencido de ello.

—Y si una armadura se mueve, es que alguien se ha metido dentro —añadió Clark Murray.

—Por descontado..., por descontado... —pero seguía Victor Weey sin estar muy convencido de todo aquello.

—Además —puntualizó el detective— nuestros antepasados, tanto los suyos como los míos, pertenecen al mundo de los muertos, y supongo que convendrá conmigo en que el mundo de los muertos no se sale. Por lo que, eso de que lord Weey haya vuelto a la vida...

—Existen casos extraños, excepcionales... —aventuró Victor Weey.

—¿Cree usted en esas cosas?

—A veces se ve uno obligado a creer —decidió confesar; no tenia por qué ocultar lo que verdaderamente sentía.

—Sí, claro, le comprendo —fue ahora Clark Murray el que asintió.

¿Por qué en aquella vieja mansión victoriana todo contribuía a aceptar !o que, en otro lugar, hubiera simplemente provocado una sonrisa?

—Todo empezó con un cigarrillo —dijo Victor Weey seguidamente, tras mirar a la puerta del despacho y ver que seguía cerrada.

—¿Ha dicho un cigarrillo? —inquirió Clark Murray.

Estaban solos, rodeados de muebles regios, impresionantes, pero demasiado oscuros.

—En una ocasión, de eso no hace mucho, saqué un cigarrillo y me puse a fumar. Me hallaba en la biblioteca, hojeando unos libros. En eso, creí que alguien me llamaba, y me levanté a ver. Dejé el cigarrillo en el cenicero... Pues bien, cuando volví, el cigarrillo no estaba.

—Tal vez creyó...

—Lo dejé en el cenicero, estoy seguro. Además —prosiguió—, pocos días después saqué un libro de la estantería y lo puse junto a mi sillón favorito. Cuando fui a coger el libro, volvía a estar en el estante.

—Quizá algún sirviente...

—No entró nadie en la biblioteca. Estaba yo solo.

—¿Cómo, pues, se explica...?

—No me lo explico —reconoció— y por eso fui a verle a usted a su despacho. No estaba dispuesto a consentir que siguieran pasándome esas cosas tan raras. Pero ahora, dése cuenta, todo se ha complicado alarmantemente... La diabólica armadura, con su horrible voz... Mi propia lápida en el cementerio...

—Cálmese, cálmese —exhortó Clark Murray—. Antes o después todo quedará debidamente aclarado. Desde luego, yo me inclino simplemente a suponer que alguno de sus familiares pretende gastarle unas cuantas bromas... Unas cuantas bromas, por descontado, de muy dudoso gusto —se apresuró a hacer constar.
—¡Oh, no! —exclamó Victor Weey, convencido de ello—. Mis primos son incapaces de hacerme eso. Todos ellos sienten por mí un gran cariño, aunque el decirlo parezca presunción... En cuanto a Penélope, la esposa de mi primo Stewart, ya no es cariño lo que siente por mí, es veneración, aunque también me esté mal el decirlo... Por lo que respecta a mi hermano Donald, es la seriedad personificada.
—Dígame, ¿les tiene a ellos al corriente de todo lo que le ha ido sucediendo? Me refiero al cigarrillo que desapareció del cenicero, al libro que se colocó solo en su correspondiente estante...
—No les he dicho nada —contestó Victor Weey, y bajó la cabeza.
—Ha contratado usted los servicios de un detective. ¿Lo saben?
-No.
—¿No desean que lo sepan?
—Eso lo dejo en sus manos. Haga y diga lo que considere más oportuno.
—Diré la verdad a sus familiares —decidió Clark Murray—. Es lo más indicado dadas las circunstancias. Por lo demás, mañana mismo iré al cementerio y hablaré con el sepulturero. Estoy convencido de que algo averiguaré.
—Haga.todo lo preciso por averiguar la verdad —dijo Victor Weey— y no escatime gastos. Soy un hombre muy rico y el dinero es lo de menos para mí.
—De eso precisamente quería hablar con usted antes de conocer a su familia.
—¿Cómo...?
—El dinero suele ser el móvil frecuente de muchos delitos, y es muy posible que en este caso concreto...
—Por favor —le interrumpió Victor Weey—, no piense mal de los componentes de mi familia. Busque al culpable en otra parte.
—No me seduce buscarlo en el pasado, en el Más Allá. Pero no se preocupe, me atendré a los hechos y a ellos me ceñiré. De momento, se lo ruego, póngame al corriente...
Victor Weey le hizo saber que su abuelo paterno, Victor Weey, fue un hombre duro, autoritario, que con sus intransigencias hizo la vida imposible a sus tres hijos. Estos terminaron alejándose de su progenitor y desenvolviéndose por sí
mismos, aunque haciéndolo, en el plan económico, de forma poco satisfactoria.
El hijo menor tuvo dos hijas, Amanda y Myrna. El hijo mediano, que

fue el que se casó primero, un hijo, Stewart. El hijo mayor tuvo dos hijos varones, Donald y él, Victor.
Victor recordaba con añoranza a sus padres, a los que perdió en un accidente de coche. Éste, conducido por su padre, se precipitó en un terrible abismo dando vueltas y más vueltas de campana. Como aquel trozo de carretera formaba una línea recta muy poco comprometida para un buen conductor, además era pleno día, y como asimismo no había niebla, ni llovía, ni nada por el estilo, se supuso que algo debió fallarle al coche. Costaba imaginar otra cosa.
La vida siguió, y Donald y Victor, así como sus primos Stewart, Amanda y Myrna, casi llegaron a olvidarse de que tenían un abuelo. Como el abuelo parecía haberse olvidado de que tenía nietos.
Pero un día, pasados ya unos cuantos años, Donald y Victor recibieron una carta. De su abuelo. Les pedía que fueran a su mansión.
Acudieron, y estuvieron unos cuantos días en compañía de un anciano que, a pesar de estar acabado, seguía siendo duro y autoritario, incluso tan intransigente como siempre.
Cuando salieron de la mansión, Donald había de decirle a su hermano;
—Yo no le he caído bien. Tú, sí. O mucho me equivoco, o vas a llevártelo todo...
Victor le respondió:
—Si me deja su herencia, será para los dos, a partes iguales. Puedes contar con ello.
—No, no —denegó Donald—. Si te lo deja todo a ti, yo no querré nada. Porque si te lo deja todo a ti, no a mí ni a los demás —aclaró—, será porque piensa que tú eres quien lo merece más de todos nosotros. Y lo habrá comprendido bien... Eres tan buen chico, Victor, que a menudo haces que yo me sienta avergonzado de mí mismo. Sin duda, a nuestros primos, les pasa lo mismo... Bueno, con Myrna no me meto. Myrna es una excelente muchacha.
Murió el abuelo y, en efecto, toda su fortuna, incluida su vieja mansión victoriana, fue para Victor. Quien, desde luego, quiso cumplir la promesa hecha. Pero Donald sé reafirmó en lo dicho, no quería nada.
A Victor, entonces, sólo se le ocurrió hacer testamento a favor de su hermano.
—Así al menos —le dijo— me quedo tranquilo. Sé que si me pasara algo todo iría a parar a tus manos.
—Gracias, Victor.
No volvieron a hablar de ello.
Sin embargo, el primo Stewart y las primas Amanda y Myrna, sí aceptaron la ayuda que les ofrecía el heredero del anciano Sidney Weey. Tal vez consideraban que, en cierto modo, aquel dinero era un

poco suyo.
Como fuera, todos ellos acabaron viviendo en la mansión victoriana. Desde luego, se sentían atraídos por aquella propiedad como si, ciertamente, formara parte de sí mismos.
En la actualidad vivía también con ellos Penélope, la bella esposa del primo Stewart. Una más, por lo visto, a sentirse en la vieja mansión como en su propia casa.
—Esto es todo —terminó diciendo Victor Weey al detective.

* * *

Cuando Clark Murray entró en el salón, echó una mirada a cada uno de ellos. La primera impresión tenía mucha im portancia para él.
Reparó en una muchacha morenita, de gesto gracioso, simpático, que vestía pantalones de pana y jersey de lana de cuello alto. Tenía una bonita silueta.
—Es mi prima Myrna —la presentó Victor Weey.
Se fijó en la otra muchacha. Esta carecía del gesto abierto y agradable de la otra.
—Es mi prima Amanda.
Se adelantó hacia ellos un hombre de unos cuarenta años, con una copa de brandy en la mano.
—Mi primo Stewart, el marido de...
Victor Weey indicó a Penélope, que se había quedado donde estaba, de pie, sin cambiar para nada la expresión de su rostro.
Se trataba de una hermosa mujer. Tan hermosa que mirarla por primera vez casi obligaba a pestañear.
—Penélope —dijo Victor Weey.
El detective le tendió la mano, pero pronto pudo comprobar que su ademán no era correspondido.
—Discúlpala —intervino Stewart, que acababa de beberse el brandy que le quedaba en la copa—, Penélope es ciega...
—Mucho gusto —repuso ella, y ahora esbozó una tenue sonrisa.
Quedaba alguien más. Un hombre de unos treinta y cinco años, de rasgos afilados, angulosos, de gesto contenido.
—Mi hermano Donald.
A partir de ese momento, Clark Murray había de poner en conocimiento de los presentes quién era él, porqué estaba allí y todo lo que, hasta entonces, había estado sucediendo en aquella mansión.
Aludió y enfocó el asunto a las claras, abiertamente, considerando quizá que, haciéndolo así, todo podría resultar más sencillo.
—Y bien, ¿qué opinan...? —terminó preguntando, mientras les miraba de esa forma incisiva y escrutadora que solía inquietar a más de uno.
Penélope fue la primera que habló:

—Yo soy ciega. De mí no va a desconfiar...
—Todo eso que ha contado es absurdo, señor Murray —resumió Stewart, que se había acercado al mueble bar y se estaba sirviendo un nuevo brandy. Preguntó seguidamente—: ¿Le apetece tomar algo?
—Un whisky, gracias —aceptó Clark el ofrecimiento.
—Absurdo, ridículo e incomprensible —había de añadir Amanda.
—Pero si han sucedido esos hechos absurdos, ridículos e incomprensibles —dijo Myrna por su cuenta—, Victor ha hecho perfectamente al contratar los servicios de un detective.
Clark Murray alargó la mano y aceptó el whisky. Y quedó a la espera de que alguno de los presentes dijera algo más.
—Bueno, si he de ser sincero —fue Stewart quien se decidió a romper aquella pausa—, a mí, últimamente...
—A ti, últimamente, ¿qué? —preguntó Victor Weey con una impaciencia que ciertamente no le cabía dentro del cuerpo.
—Por las noches suelo despertarme, tengo el sueño flojo. Y me parece, a veces, como si aquí abajo hubiera gente... Es como si oyera pasos...
—No me habías dicho nada —pareció recriminarle su esposa.
—¿Para qué asustarte? Compréndelo, Penélope.
—No iba a asustarme por una cosa así —aseguró ella—. No puede haber gente aquí abajo por las noches. Estamos todos en nuestros respectivos dormitorios.
—Acabamos de oír que la armadura de lord Weey se mueve de sitio y que suena una voz tenebrosa —repuso Amanda—. Partiendo de ahí...
.
—Sólo cabe pensar —repuso Donald mirando a su hermano Victor— que alguno de nosotros esté queriendo dárselas de gracioso. Aunque no veo qué finalidad pueda tener...
—Si lo de la lápida del cementerio forma parte del plan del gracioso —opinó Myrna—, y no cabe suponer otra cosa, el culpable, el que sea, debiera rectificar de inmediato; se ha escurrido...
—Opino lo mismo —manifestó Donald—, se ha pasado. ¿No sería lo mejor —sugirió con aspereza en la voz— que el culpable confesara? Victor no se merece en modo alguno que alguien le ponga el alma en vilo...
Donald se quedó mirándoles de un modo severo, inflexible, riguroso. Demostrando que todo ello lo consideraba inaceptable.
—Sé lo que estás pensando, que he sido yo —repuso Stewart, tras llevar de nuevo la copa a sus labios—. Pues te lo advierto, te estás equivocando de pleno.
—Yo no he dicho que desconfiara de ti —pero las palabras de Donald no habían equivalido, ni mucho menos, a una disculpa.
—Te conocemos lo suficiente —intercaló Penélope— para saber que

siempre estás en contra de nosotros. Nos odias y no puedes disimularlo.
Clark Murray se dijo que había saltado ya la primera chispa.
—No es que no pueda disimularlo —aseguró Donald—, es que no quiero hacerlo, no deseo tomarme una molestia. ¿Por qué habría de tomármela?
—En esto tienes razón —asintió Penélope—. Tú eres el hermano de Victor, y Victor es el dueño de todo. Stewart es sólo su primo. Nosotros llevamos las de perder.
—Victor es bueno y generoso con todos nosotros —recordó Myrna—. Aquí nadie lleva las de perder.
—Nos estamos apartando del asunto —intervino Amanda—. Desde luego, yo no tengo nada que ver con todos esos hechos insólitos, desconcertantes...
—Ni yo —aseguró Myrna.
—Si todos somos inocentes —ironizó Donald—, sólo cabe suponer que lord Weey ha vuelto a la vida, metiéndose tranquilamente en su armadura... Pero, demonios, ¿acaso somo niños para creernos una historia así?
—Para mí —dijo Penélope— hay algo peor... Lo del cementerio, lo de la lápida. Aquel hombre dijo que Victor Weey iba a morir y que al grabar su nombre estaba adelantando trabajo...
—No irás a decirnos que temes que eso pueda resultar una premonición, ¿eh? —volvió a ironizar Donald.
Clark Murray optó por intervenir y aplacar los ánimos. De momento no había por qué complicar más la situación.
—No se enfaden —recomendó—. Mañana será otro día.

CAPITULO III

Fue otro día. Evidentemente cada día es un nuevo día.
Aquella resultó una mañana fria, pero sin viento. Mas en lugar del viento había empezado a surgir la niebla, una niebla densa que parecía querer ocultar los pecados de los habitantes de la zona.
—¿Quiere salir a pasear conmigo? —le propuso Clark Murray a la muchacha de gesto risueño, simpático, de bonita silueta.
—Encantada —contestó Myrna—. ¿Me espera un momento? Voy a buscar una chaqueta.
Instantes después estaba de vuelta. Entonces preguntó:
—¿Adónde vamos?
—Al cementerio —dijo Clark, con naturalidad.
—Me invita a dar un paseo y resulta que vamos al cementerio —suspiró Myrna—. Vaya plan...
—Puede cancelar el compromiso.
—No, no... —Y la muchacha había de reconocer—: Bien mirado, me interesa saber qué hay de todo eso, y lo sabré mejor si le acompaño, ¿no cree?
—Desde luego.
—Hay poco de aquí al cementerio —repuso Myrna—, No creo que haga falta que coja su coche.
—No, claro que no. Además, prefiero estirar las piernas. Y aprovecharé para reparar bien en cómo son estos alrededores...
Había poco en lo que reparar. El camino particular llevaba directamente hasta la carretera bordeada de árboles. Más adelante, a la derecha, surgían unas montañas. Después a la izquierda, aparecía el cementerio. A lo lejos estaba el bosque.
Y en el interior del camposanto, la pareja avanzó por la avenida principal. Por allí debía estar la lápida en la que un hombre, con el rostro picado de viruela, estuvo grabando el nombre de Victor Weey.
—No veo nada —terminó diciendo Clark—, Ya me lo esperaba.
—Ah, ¿sí...? —inquirió Myrna.
—Quieren hacer creer que nada de lo contado es cierto... De todos modos, hablaremos con el sepulturero. Quizá él nos pueda contar algo de interés.
Clark Murray esperaba encontrarse con un pobre hombre. Los sepultureros siempre responden a esa clase de descripción.
Se vio sorprendido. El sepulturero era un hombre joven, fuerte y guapo.
—¿Qué desea de mí?
Clark le preguntó por una tumba cuya lápida había sido grabada el día antes. Exactamente por la tarde, poco antes de que oscureciera.
—No sé de qué me habla —le contestó Jimmy.

Este era el nombre del joven sepulturero.
Clark Murray sacó un par de billetes y se los entregó, hecho lo cual quedó convencido de que, si sabía algo, se lo diria.
—Ayer no vino nadie a grabar nada. ¿De dónde saca usted que vino...?
—Eso me han dicho,
—Le han informado mal.
—Por cierto, ¿conoce usted a la hija del guardabosques? Es una muchacha de largos cabellos rojos... —y repitió las palabras que oyó en boca del propio Victor Weey—. Adorable toda ella, con un cuerpo de ensueño y con un porte de reina, algo casi irreal...
—El guardabosques —aseguró Jimmy— no tiene ninguna hija.
—¿Está seguro? —insistió.
—Totalmente.
—Pues a mí me han hablado de una muchacha como esa que le he descrito...
—Esa muchacha —declaró Jimmy— es Rosalind, mi novia. Largos cabellos rojos, adorable... No creo que pueda ser otra.
—¿Su novia...? —se sorprendió Clark.
—Es la sobrina del posadero... —Y no le importó añadir—: El posadero le ha prohibido que se case conmigo, pero ella me quiere mucho y nos iremos juntos así que podamos. Para poder ahorrar un poco he aceptado este trabajo, nada agradable por cierto.
—Acaba de decirme que su novia le quiere mucho a usted...
—Sí. ¿Tiene eso algo de particular?
—Me han asegurado, y por favor, no se lo tome a mal —repuso Clark —, que su novia ama al señor Weey...
—¿Al señor Weey...? —inquirió Jimmy—. ¿Al dueño de la mansión? Vamos, hombre, no quiera hacerme reír...
—¿Acaso lo que he dicho es para reírse?
—Sí.
—¿Por qué? —quiso saber.
—El señor Weey es joven, pero físicamente no puede compararse conmigo...
Myrna se dijo para sí que Jimmy tenía razón. Victor era pequeño, delgado, y como hombre no resultaba una gran cosa. Todo lo contrario que el sepulturero.
—Pero es muy rico —remachó Clark—, y quizá a ella le tiente su dinero. Todo cabe en lo posible, es factible, ¿no?
—Oiga, amigo, no me venga con rollos. Rosalind me ama a mí y yo a ella, y nos casaremos así que podamos. No hay más historia que esta.
—Supongo que no le importará que vaya a hablar con ella...
—A hablar con ella, ¿de qué? —preguntó. Pero sin esperar la respuesta y por lo visto totalmente seguro del amor de su novia,

concluyó—. Haga lo que quiera.
Cuando salieron del cementerio, Myrna había de sonreír y de decir al detective.
—¡Vaya sepulturero! Si no lo veo no me lo creo.
—Guapo, ¿eh?
—Y tanto.
—Le ha gustado más él que yo, está, claro —pero Clark Murray, muy viril, todo un tipo, con complexión de atleta, sabía que atraía irresistiblemente a las mujeres.
—Si he de decirle la verdad —repuso Myrna—, me gusta usted bastante más que él. Pero no se haga ilusiones; a mí no va a llevarme a la cama así por las buenas.
—¿Y por las malas? —bromeó Clark.
—Ande, déjese de escarceos amorosos y siga con su trabajo. Porque va a ir ahora mismo a hablar con la sobrina del posadero, ¿no es eso?
—Ha acertado. Es usted una chica lista.
Cuando un rato después entraron en la posada, situada relativamente cerca de allí, se encontraron en medio de un calor sumamente reconfortante.
No tardaron en ver a Rosalind. Era bonita, y pelirroja, pero distaba mucho de ser la muchacha adorable, ideal, de ensueño, que Victor Weey le había descrito.
Clark y Myrna ocuparon una de las primeras mesas. Esta se hallaba situada junto a una ventana.
—¿Qué les sirvo? —y Rosalind, con un delantal muy limpio, les estaba sonriendo.
Pidieron café con leche, y esperaron a que la sobrina del posadero les sirviera.
Cuando lo hizo, Clark la retuvo con estas palabras:
—Ayer, noche estuvo usted cerca de la mansión, ¿verdad?
—¿Yo...? —se sorprendió la muchacha—. No, señor. ¿Por qué me lo pregunta?
Parecía sincera. Tan absolutamente sincera que costaba creer que pudiera estar fingiendo.
—Alguien la vio conversando con el señor Weey -—dijo Clark.
—¿Con el dueño de la mansión.,.? ¡Oh, no!, yo nunca he hablado con ese señor —respondió Rosalind.
A través de los cristales de la ventana apenas se veia nada. La niebla iba aumentando.
—¿Está segura de que ayer no habió con lord Weey? —inquirió Clark.
—Mala cosa sería que no estuviera segura de lo que hago o dejo de hacer, ¿no le parece, señor? Pero, bueno, ¿a qué se debe esa pregunta?
—Si se lo dijera —repuso Clark— le costaría creerme. De todas

maneras voy a decírselo. Se trata de una armadura que va sola de aquí para allá... Creía que usted la había visto...
—¿Ha dicho una armadura? —parpadeó Rosalind—. ¿Eso que llevaban los guerreros antiguos...?
—Exactamente.
—Y dice usted que esa armadura «va sola de aquí para allá...» Oiga, señor, si quiere tomar el pelo a alguien será mejor que busque a otra.
—Una persona digna de todo crédito presenció con sus propios ojos tal hecho —observó Myrna—. Así que sólo buscamos quien nos corrobore...
—Hemos estado hablando con su novio —dijo Clark a su vez.
—¿Con mi novio? —había bajado la voz, mientras mira ba de reojo hacia su tío, el posadero.
—El sepulturero —aclaró Clark.
—Un guapo mozo —ponderó Myrna.
—Sí que es guapo —sonrió Rosalind—. Yo estoy muy enamorada de él. Desde luego pensamos casarnos asi que podamos, en cuanto ahorremos unas libras. Pero hablen bajo, sean discretos; mi tío no debe enterarse de nada. Por cierto, ¿de qué han estado hablando con mi novio? ¿De esa armadura...?
—Más o menos.
—¿Y qué les ha dicho él?
—Nada.
—Pues yo no puedo decirles más.
No tardaron en salir de la posada, dándose cuenta de que la niebla se había estado haciendo más y más densa. Ahora incluso parecía oprimir y cortar la respiración.
—Será mejor que regresemos cuanto antes —dijo Clark—. ¡Vaya día que se está poniendo!
Emprendieron el camino de regreso, acelerando e! paso. Pero no mucho; la mencionada niebla impedía ver bien ni a dos metros de distancia.
Volvieron a pasar ante el cementerio, esta vez situado a su derecha, y después empezaron a caminar junto a la montaña, ahora ésta a su izquierda. Pronto llegarían, por la carretera, al camino particular que había de llevarles hasta la victoriana mansión.
De pronto, sin embargo, se oyó un ruido. Un ruido cada vez mayor, más cercano, que había de terminar convirtiéndose en estruendo.
Estaban pasando, en aquel momento, bajo la montaña.
Clark levantó la cabeza y miró hacia lo alto. Sólo se encontró con esa cortina de niebla, densa, espesa, que lo tapo naba todo.
Pero estaban cayendo piedrecitas junto a ellos y Clark Murray dedujo lo que se les venía encima. Y lo dedujo a una velocidad vertiginosa, en un alarde de reflejos. Afortunadamente, pues iba a depender de

unos segundos, de unas milésimas de segundo, al salir o no airosos de lo que se avecinaba.
Clark agarró a la muchacha por el brazo y la hizo retroceder rápidamente. El retrocedió a su vez.
A tiempo.
Una enorme piedra, tras rodar por la ladera de la montaña, acababa de estrellarse donde ellos dos, instantes antes, se hallaban. De haberles alcanzado, dado su dimensión y peso les hubiera poco menos que aplastado.
Myrna había ahogado un grito, llevándose las manos a la boca. De todos modos, ella creía que aquello había sido un mero y fortuito accidente.
No lo creyó así Clark. Y había de comentar:
—A alguien de su familia le caigo mal.
—¿Quiere decir que...? —Y Myrna se resistió a creer que aquello pudiera ser cierto.
—Han pretendido acabar conmigo, no puede estar más claro —resumió Clark.

* * *

Cuando llegaron a la mansión, hallaron a Victor Weey en el despacho. Se había encerrado allí. No quería que le molestaran.
Clark llamó con los nudillos, diciendo que era él, y entonces la puerta se abrió.
—Pase, pase, señor Murray. Tiene que ver esto... —y le señaló un viejo manuscrito que se hallaba colocado sobre la regia y oscura mesa del escritorio.
—¿Qué sucede...? —preguntó Clark, tras echar un vistazo al susodicho manuscrito—, ¿Quién escribió esto?
—No he podido averiguarlo —dijo Victor Weey, nervioso, agitado—, pero es evidente que lo escribió un Weey.
—¿Y bien...? —quiso saber Murray.
—Desde las primeras páginas —le explicó— se menciona a lord Weey. En realidad, lord Weey es el único protagonista de las historias que aquí se relatan... Pero si al principio esas historias hacían referencia a sus heroicas gestas y a sus apasionados amores con las más bellas damas, luego, más adelante... —calló, estremeciéndose.
—Siga.
—Más adelante —repitió— surge el verdadero lord Weey...
—Siga —volvió a decir Clark.
—Y resulta que era un ser pérfido, malvado, que se murió blasfemando porque el Diablo no acudía a su lecho presto a comprarle el alma...

—Créame, no debe hacer demasiado caso de ese manuscrito —intentó quitar importancia al asunto para tranquilizar a Victor Weey—. Y acto seguido le hizo saber—: He estado en el cementerio.
—¿Ha visto mi tumba? —preguntó Weey, estremeciéndose otra vez.
—No he visto nada.
—Pero ayer estaba allí...
—Hoy ya no está.
—Quizá el sepulturero reparara en el hombre que grabó mi nombre en la lápida. Era un hombre con el rostro picado de viruela.
—El sepulturero no reparó en nadie.
—Que extraño...
—Además —añadió Clark— he estado hablando con una muchacha de largos cabellos rojos que, al parecer, era la que usted vio, la que le dijo ser la hija del guardabosques.
-¿Y...?
—El guardabosques no tiene ninguna hija. Por lo demás, esa muchacha no es la que habló con usted. Por lo menos eso es lo que ella me ha asegurado. Desde luego, me interesará que vaya a conocer a la sobrina del posadero... Así quedará debidamente aclarada esa circunstancia...
—Ah, ¿se está refiriendo usted a ella? —se sorprendió Victor Weey—. Ya la conozco, aunque sólo de vista. No, no es ella quien anoche...
—Lo suponía.
—¿Cree usted sinceramente que no he de tomar en serio lo que estoy leyendo en estas páginas? —Victor Weey volvía al tema del manuscrito.
—¿Desde cuándo obra en su poder? —inquirió Clark a su vez.
No había respondido a la pregunta, como si la considerara comprometida y prefiriera eludirla.
—Desde hace unos quince días. Lo encontré en uno de los estantes de la biblioteca, por casualidad.
—¿Y cuándo le sucedió lo del cigarrillo? Lo dejó en el cenicero y desapareció...
—Eso me pasó hará... hará un par de semanas.
—Dos semanas... Quince días. Viene a ser lo mismo. Lo que significa que las fechas coinciden, ¿no es eso?
—Sí, sí —asintió Victor Weey, pero sin hacerse una idea exacta de lo que el detective había querido decir.
—Bueno, algo hemos adelantado. Pero, claro, sería más efectivo el avance si me dijera, lord Weey, si alguno de sus familiares le ha visto leyendo este manuscrito.
—El día que lo encontré, apenas empezaba a hojearlo —dijo Victor Weey— entró Penélope en la biblioteca. Pero Penélope no pudo ver lo que yo hacía; es ciega.

—¿Desde cuándo es ciega? —se interesó Clark.
—Desde hace un año, aproximadamente —contestó Victor Weey.
—¿No tiene cura? —insistió Clark.
—Ha visitado muchos doctores. Todos coinciden en que no hay nada que hacer.
—¿Qué le sucedió?
—Estaba enferma de la vista desde niña, pero parecían haberse superado los riesgos. De pronto su dolencia se complicó, y las consecuencias resultaron irreversibles.
—Lamentable.

CAPITULO IV

A la hora de la comida se reunieron en el vasto comedor, alrededor de la ancha y larga mesa. Pero sobre todos ellos, por uno u otro concepto, parecía pesar la presencia del detective y ninguno habló ni se expresó con la debida naturalidad.

Clark Murray se dio perfecta cuenta de ello, y sacó la conclusión de que alguno de los presentes debía saber más de lo que había dicho.

Hizo, no obstante, como si encontrara lógico aquel comportamiento y se esforzó por amenizar la mesa. Lo consiguió a medias, sólo a medias, y eso que Myrna intentó ayudarle.

Por lo demás, Victor Weey seguía altamente inquieto, y los allí reunidos captaban su preocupación y acusaban lo poco que les satisfacía que los hechos se hubieran complicado.

De cualquier forma, la comida concluyó y se levantaron de la mesa. Se fueron al salón a tomar el café y los licores. Tenían la costumbre de hacerlo así.

Fue entonces cuando Stewart empezó a beber más de la cuenta, lo que no pareció sorprender a nadie. Por lo visto era habitual en él pasarse un poco de la raya.

Pero sólo un poco, dedujo Clark, al ver que no perdía en absoluto la noción de lo que decía. Porque ahora sí, en el salón, todos hablaban. Como si de pronto se hubiera multiplicado su locuacidad.

Donald, sin embargo, debió considerar que todo aquello que se decía no valía la pena de ser escuchado y se apartó de los demás.

El salón era tan espacioso, tenía unas dimensiones tan enormes, que acomodarse al otro extremo, en solitario, era casi como haberse quedado solo.

Una ocasión muy favorable que Clark no quiso desaprovechar. Si quería saber qué terreno pisaba, cuanto antes iniciara sus andaduras, antes sin duda llegaría a la meta.

Se acercó al hermano de Victor.

—No parece interesarle lo que se habla....—comentó.

Donald se había acomodado en un mullido sillón y había encendido un cigarrillo. Era como si quisiera relajarse.

Miró al detective mientras despedía una bocanada de humo. Y tras mostrar un poco crispado su rostro de rastos afilados, angulosos, le respondió:

—Stewart ha empezado a beber y en consecuencia a hablar, y a mí no me gustan los temas triviales. Además, Stewart no merece mis simpatías. Se lo confieso abiertamente para que no se tome la molestia de averiguar si es cierto o no lo que ayer me reprochó Penélope.

—Entonces, eso de que usted siempre está en contra de ellos, de su

primo Stewart y de su esposa Penélope, porque les odia y no puede disimularlo...
—Penélope no le dijo más que la verdad —admitió Donald. Y con sus gestos siempre contenidos, siguió fumando y agregó—: Sí, les odio.
—Debe ser por algún motivo especial —apuntó ,Clark—-No se suele odiar porque sí.
—Supongo que me veo obligado a explicárselo... Si está aquí como detective, intentando esclarecer unos hechos, y yo no colaborara, podría interpretarlo mal. Por lo demás, todos saben el porqué de lo que yo siento. No es un secreto para nadie.
—Le agradecería que se sincerara conmigo —y Clark se acomodó en otro de aquellos mullidos sillones.
—¿Un cigarrillo? —le ofreció Donald.
—Gracias —aceptó Clark.
Pasaría más de un minuto antes de que Donald se dispusiera a hablar. Tocar el tema no daba la impresión de agradarle.
—Penélope y yo fuimos novios —empezó a decir—. Yo la amaba apasionadamente. Así que la conocí, en un baile, quedé deslumbrado por su belleza.
—Es muy bella, si —convino Clark.
—Pero se la presenté a mi primo Stewart, y desde aquel día ya nada fue igual. Me refiero a que Penélope cambió, a que ya no era cariñosa conmigo. Hasta que llegó un momento en que me confesó que se había enamorado de otro. Terminó diciéndome que ese otro era Stewart.
Se detuvo unos instantes, pero no esperó a que Clark intercalara nada, y prosiguió. Cuanto antes acabara tanto mejor.
—Yo le rogué a Penélope, incluso con lágrimas en los ojos, que no me dejara. Pero no la convencí, y su respuesta, por lo demás, no pudo ser más tajante. Me dijo que si quería que no me casara con Stewart y siguiera a su lado, yo debería convertirme en un hombre rico. —Y Donald aplastó el cigarrillo en el cenicero colocado sobre una pequeña mesita.
—Y usted no era rico —dijo Clark—, Sin embargo, podía haberlo sido. Me lo explicó su hermano.
—Efectivamente, Victor quiso darme a mí la mitad de todo lo que acababa de heredar. Pero yo no quise aceptarlo, no me pareció bien.
—La generosa oferta de su hermano, ¿fue antes de que Penélope le hablara en esos términos? —quiso saber Clark.
—Sí, unos meses antes. No obstante, pude hablar con mi hermano y rectificar lo dicho. Victor es muy bueno y se hubiera hecho cargo. Pero no quise hacerlo; de pronto me había dado cuenta de que todo mi amor se había convertido en odio. Un odio —agregó Donald— que sigue latente, a pesar de la desgracia que a ella ahora le aflige.

—Se refiere a su ceguera...
—Sí, claro —asintió, añadiendo—: Más de uno, viéndola ciega, supuso que llegaría mi comprensión y mi perdón. Se equivocaron. La sigo odiando con toda mi alma. Por lo que puedo asegurarle que, si yo fuera el dueño de esta mansión, Penélope no viviría aquí... Ella y su marido saldrían despedidos al instante. Aunque tuvieran que acabar en el arroyo, y no creo que acabaran en otra parte, pues Stewart no sabe hacer otra cosa que beber.
—Por fortuna para ellos —repuso Clark— su hermano Victor piensa evidentemente de una manera muy distinta.
—Victor es muy bueno, ya se lo he dicho. Y lo ha demostrado. —Acababa de encender un nuevo cigarrillo—. No sólo con ellos, sino con Amanda y Myrna. A ambas las ha amparado como sí fuera su padre. En cuanto a mí, puedo considerar esta mansión como propia...
—¿Por qué cree usted que su abuelo paterno se lo legó todo a su hermano Victor, dejando a un lado a sus demás nietos? —Clark demostró que ese punto le intrigaba.
—Sidney Weey, nuestro abuelo paterno, fue un hombre extraño, de reacciones imprevisibles. Toda su vida fue así. Sin embargo...
—¿Qué?
—Creo que Victor fue el elegido porque el abuelo comprendió que era el más bueno de todos nosotros. Ciertamente es así. Yo soy malo. Stewart también lo es.
Careció de importancia el resto de la conversación. Pero Clark Murray había empezado a conocer a aquel hombre que contenía el gesto, la expresión, pero que no parecía empeñado en contener su propia sinceridad.
Clark había de hablar con Amanda poco rato después. Aprovechando que se levantó de su asiento para buscar un par de revistas, que por lo visto se disponía a hojear, se acercó a ella y le preguntó:
—¿Vive usted a gusto aquí?
—¡Vaya pregunta! —soltó ella.
—¿Le ha sorprendido?
—Claro.
—¿Por qué?
—Tendría que ser tonta de remate para no vivir a gusto en este lugar. Por muchos motivos. —Y especificó—: El primero, Victor no quiere que ni Myrna ni yo trabajemos. El corre con todos los gastos. Además, nos tiene concedida una asignación para que no nos privemos de ningún capricho. Como verá, más no se puede pedir...
—Desde luego.
—Según opina Myrna, la pobre es un poco tonta, nos ofrece demasiado. Asegura que estamos abusando de su generosidad. La verdad es que ella está decidida a buscarse una colocación. Pero yo,

de eso, ni hablar. Se está muy bien sin hacer nada.
—¿Tampoco hace nada su primo Stewart? —preguntó Clark—. Imagino que algo sí hará...
—Stewart es uno más a vivir del dinero del dueño de esta mansión —le hizo saber Amanda—. Antes era empleado de un agente de cambio y bolsa, y no le iba nada mal. Pero desde que Penélope se quedó ciega, empezó a beber y... Bueno, no hay que preocuparse, Victor está dispuesto a ampararles hasta el resto de sus días.

* * *

Donald fue el primero que se dispuso a salir. Según dijo a Victor no tardaría en regresar, pero tenía pendiente la venta de un piso y quería cerrar el trato antes de que el comprador cambiara de parecer.
—Mi primo Donald se dedica a la compraventa de pisos —le informó Myrna al detective—. Es el único que trabaja.
Apenas se oyó el motor de su coche, que era puesto en marcha y arrancaba, Amanda se dispuso a marcharse a su vez.
—Cada uno de nosotros tenemos nuestro respectivo coche —le informó de nuevo la muchacha a Clark—. Victor saber ser generoso, más allá, que duda cabe, de lo que nos merecemos.
—¿Por qué cree —preguntó él— que no se merecen su generosidad?
—Resulta evidente, indudable, que entre nosotros hay alguien que no se siente agradecido y que pretende algo... Algo malo, que no acierto a imaginar qué pueda ser. Pero confío en usted, señor Murray.
—Hágalo. No la defraudaré.
—De todos modos... —observó ella, pero no se animó a proseguir y se limitó a lo ya dicho.
—Siga, la escucho.
Myrna vio que los demás no estaban pendientes de ellos.
—Me asusta —dijo— que el asunto no se limite a ser de este mundo.
—¿Quiere decir...?
—Eso de que la armadura se desplace de lugar, que ande sola... Eso de que se oiga una voz de ultratumba y de que esa voz asegure que es lord Weey, nuestro antepasado, el que está hablando..., me pone la piel de gallina.
—Hace un momento daba por descontado que el culpable era uno de ustedes —le recordó.
—Sí —reconoció—. Y bien mirado, la cosa está clara. El hombre con la cara picada de viruela que grababa en la lápida el nombre de mi primo... La persona que hizo rodar la piedra por la ladera de la montaña, entre la traicionera niebla...
—Y la muchacha de largos cabellos rojos, adorable, ideal, que se hizo pasar por la hija inexistente del guardabosques... Desde luego —

afirmó Clark—, todos ellos son seres de carne y hueso.
—Pero entre ellos, lord Weey metido en su armadura... —volvió a ponérsele la piel de gallina.
—Pero, ¿por qué «precisamente» metido en su armadura? —inquirió Clark—, Todo induce a suponer que se protege tras ese armazón de hierro para...
—Para que no se vea que no es lord Weey, ¿verdad? Es eso lo que está pensando.
—Exactamente.
—De todos modos, mientras eso no pueda demostrarse...
—Mientras no llegue ese momento cabrán otras hipótesis —reconoció Clark—. Todas las hipótesis.
—Con lo que viene a decirme que también usted teme que el sobrecogedor pasado, el tenebroso otro mundo, se esté mezclando con nuestra vida...
—Yo no descarto ninguna posibilidad —repuso Clark—. Pero no hay que asustarse antes de tiempo. Si las fuerzas del pasado, del otro mundo, son lo suficientemente poderosas como para llegar hasta nosotros y mezclarse y dominar nuestra propia vida, tiempo sobrado tendremos de percatarnos de ello. Hasta entonces...
No terminó la frase porque Amanda se les acercó.
—¿Te vienes conmigo? —le preguntó a su hermana.
—No —contestó Myrna.
—Dices que no antes de preguntarme adónde voy.
—Ya lo supongo. Vas con tus insustanciales amigos de siempre.
—Sí.
—Pues recuerdos de mi parte.
—Como quieras.
Amanda salió del salón, y Myrna, luego de seguirla con la mirada, había de decir:
—No nos avenimos bien; nuestros gustos y nuestra manera de pensar se diferencian demasiado.
En aquel momento fue Stewart quien se puso en pie, tras apurar el whisky, un whisky más, que poco antes se había servido.
—¿Quieres que salgamos a dar una vuelta, querida? —le preguntó cariñosamente a Penélope—. Podemos ir a... Bueno, como siempre a donde tú prefieras.
—Si hoy hay tanta niebla —contestó Penélope—, quizá no sea prudente que cojamos el coche.
—Me estás imaginando medio borracho —dijo Stewart—. Lo que no me extraña; siempre te están diciendo que bebo demasiado. Pero te aseguro que estoy en condiciones de conducir.
—Te creo —repuso Penélope.
Stewart la tomó del brazo y la condujo con amorosa solicitud hasta la

puerta del salón. Ya allí se volvió, dirigiéndose a Victor, a Myrna y a Clark.
—No tardaremos en volver.
Cuando se quedaron solos, Myrna no pudo resistir la tentación de decir que deseaba hacer algo. Algo que podía ser calificado de chiquillada, pero que, quizá, de haberlo hecho el día antes, le habría ayudado a dormir mejor. Aunque, claro, reconoció, de haberlo hecho tampoco habría dormido como otras noches. Los hechos anormales quitan el sueño.
—¿Qué cosa es esa que desea hacer? —le preguntó Clark.
—Se lo diré si me acompaña a la biblioteca —contestó ella.
—¿Hace falta que te acompañe yo? —quiso saber Victor Weey.
Se había levantado y uno se fijaba en su espalda encorvada por el peso de los hechos acaecidos. Su cuerpo pequeño y delgado producía una enorme impresión de decrepitud. Y sólo tenía treinta años. Quedaba clarísimo que se sentía terriblemente afectado por todo lo que le estaba sucediendo.
—Voy yo con ella, no se preocupe —le dijo Clark, viendo el estado poco firme, más bien lamentable, en el que se hallaba.
—Gracias. —Y añadió—: Búsqueme en el despacho si necesita algo de mí.
—De acuerdo —contestó Clark.
No le hizo falta preguntarle a qué iba al despacho. Sabía que Victor Weey iba a coger el viejo manuscrito y a hundirse en su lectura. Como si de esa lectura, de esas páginas, hubiera de surgir la solución esperada.
Ya la pareja en la amplísima biblioteca, Clark había de decir:
—Bueno, ya estamos aquí. ¿Qué cosa es la que desea hacer?
En lugar de responder, Myrna se acercó a la armadura de lord Weey. Poco a poco, muy medrosamente, en realidad bastante asustada de su osadía.
Ya allí, y tras comprobar que el detective no la perdía de vista, adelantó una mano y golpeó con los nudillos en el pecho de la armadura. Lo mismo que si estuviera llamando a una puerta pidiendo permiso para entrar.
Sonó a hueco, a vacío. De eso se trataba. Al menos fue la deducción que sacó Clark Murray al ver respirar hondamente a la muchacha.
—-¿Qué esperaba, que sonara a lleno...? —le preguntó—. ¿Que lord Weey estuviera aquí dentro, aguardando que usted viniera a saludarle?
—Se está burlando de mí, y me lo merezco un poco —reconoció Myrna.
—Ha demostrado ser un poco infantil —puntualizó Clark—. Como si fuera una niña...

—Pues ya soy toda una mujer —Myrna se había picado al oírle decir eso.

—Le aseguro que ya me he dado cuenta. —Y para que no dudara de la veracidad de sus palabras, el detective actuó.

La prendió por el talle, se la llevó hacia delante y la besó largamente en la boca.

Myrna quiso protestar del atrevimiento, pero acabó respondiendo a la caricia. ¿Por qué no hacerlo, si aquel hombre le gustaba?

CAPITULO V

Había llegado la noche, y Victor Weey, tras la cena, sacudía la cabeza de vez en cuando queriendo despreocuparse, olvidarse de lo que había leído en el manuscrito. Un viejo manuscrito que parecía querer atestiguar que lord Weey fue un ser diabólico, satánico, de cuya maldad no iba a poder escapar nadie ni aún después de su muerte.
Pero sabía que tenía a su lado a un buen detective, y se congratulaba de haberlo contratado porque estaba seguro de que, si se presentaba la ocasión, le defendería contra quien fuera. Aunque fuera contra el propio lord Weey. Sin duda llevaba pistola y la utilizaría si el caso lo exigía.
De todos modos, ¿acaso las balas de una automática habían de resultar válidas, efectivas, contra un hombre muerto siglos atrás que había vuelto a la vida valiéndose de raros sortilegios?
La imaginación se le estaba desbocando. No debía permitirlo. Posiblemente todo aquello acabara de la forma más simple, más sencilla, quedando demostrado que lord Weey seguía en su tumba en brazos de la paz eterna.
En cualquier caso, lo mejor que podía hacer era acostarse y descansar. Luego de un reposo de unas cuantas horas sin duda se sentiría mejor.
Así pues, se despidió de todos, que ya estaban de nuevo a su lado, y se dirigió a su dormitorio. Poco rato después de había desvestido para acostarse.
Sin embargo, el sueño había de huir de los párpados de Victor Weey. Indudablemente se sentía demasiado nervioso, excesivamente agitado.
Transcurrió un par de horas. No cesaba de dar vueltas en la cama. Todas las posturas le resultaban incómodas, poco propensas a facilitarle el suefto.
En eso, de pronto, oyó:
Craaaack...
De un brinco se encontró sentado en la cama. Vio entonces que la puerta se había entreabierto.
—¿Quién es...? —preguntó con un sudor frío perlándole la frente.
No recibió respuesta.
Victor Weey recordó que en aquel mismo corredor, sólo tres puertas más allá, estaba el dormitorio de Clark Murray. Decidió ir a pedirle ayuda.
Se esforzó por respirar un poco más hondo y sacó las piernas de la cama. Luego de colocarse la bata, anudándosela, se dirigió hacia la puerta. Todo él sudaba. Ahora ya no era sólo su frente.
Antes de abrir más la puerta, vaciló. Se habia dado cuenta de que

sentía un miedo muy grande.
Pero debía ser valiente, por lo que se decidió a averiguar por qué la puerta se había entreabierto. Le constaba que él ía había cerrado perfectamente.
Pudiendo ya asomar la cabeza bajo el dintel, vio que en el corredor no había nadie. Todo permanecía en absoluta calma.
Pero ¿qué era lo que estaba viendo a mitad de la escalera...?
¡Era la armadura de lord Weey, que descendía los peldaños como si aquello fuera lo más natural del mundo!
Le dieron ganas de llamar a gritos a Clark Murray, pero un nudo se le atravesó en la garganta y por ahí no pasó sonido alguno. No le pasó ni siquiera la saliva.
Por lo demás, de un modo totalmente instintivo y a la vez, claro está, irreflexivo, se vio encaminándose hacia la escalera.
La armadura parecia estar indicándole el camino a seguir...
Y la armadura, tras terminar de descender la escalera y de cruzar seguidamente el vestíbulo, se metió en la biblioteca.
Cuando Victor Weey entró allí, en la biblioteca, la armadura estaba en su sitio de siempre. Su postura parecía totalmente inofensiva.
Avanzó hacia la armadura, cuyo yelmo daba la impresión, ahora que se fijaba bien, de estar un poco ladeado. Como si se hubiera movido a derecha e izquierda, y luego no hubiera acertado a quedarse en la misma posición de antes.
Pero, claro, a él no tenía por qué sorprenderle el cambio de la postura.
Sabía de sobras que esa armadura había ido en su busca y que, en consecuencia, había tenido que abandonar forzosamente su postura inicial.
Desde luego, en su empeño por llegar hasta allí y saber a qué atenerse, Victor Weey había agotado sus fuerzas, o al menos la mayor parte de ellas. De ello que, en aquel momen to, optara por buscar apoyo en lo primero que se le puso por delante. Recostó el hombro, pues, en uno de los estantes de la librería.
Y fue entonces cuando la estantería crujió.
Ñiiick...
Se volvió hacia aquel ruido, que le había sorprendido sobremanera. Y vio como aquel panel de estantería se movía, retrocedía, dejando a su disposición un sitio por donde pasar.
No, no sabía que existiera aquel pasadizo, aquella galería. Su abuelo nunca le dijo nada, ni nada por lo demás se citaba en el testamento.
Aquello resultaba impresionante, turbador, enervante... ¿Qué habría al otro lado?
Un impulso incontenible le obligó a avanzar, a meterse por aquel camino que había quedado expedito. Como si su curiosidad fuera tanta que su propio miedo no significara nada, absolutamente nada en

aquellos momentos.
Pero apenas dados un par de pasos en aquel oscuro lugar, se estremeció hasta el mismísimo tuétano de los huesos, arrepentido ya, evidentemente, de haberse atrevido a tanto.
La librería, a sus espaldas, había vuelto a colocarse en su sitio. Lo suficientemente aprisa como para que él no hubiera podido impedirlo. La entrada, pues, había quedado cerrada, taponada.
Una entrada que Victor Weey, lógicamente, llevaba la idea de utilizar como salida.
Ya no tuvo otra solución mejor que seguir adelante.
Se había quedado quieto, inmóvil, y sus ojos terminaron habituándose a aquella oscuridad. Entonces pudo ver que a sus pies se iniciaba el descenso de una estrecha escalera.
Alargó el brazo, tanteó con la mano abierta y dio con una barandilla de madera.
Aferrado a la barandilla empezó a bajar. Lo hizo despacio, no queriendo dar un traspiés y caer rodando. Pero la mano le sudaba mucho y le resbalaba, se le escurría por la barandilla.
Habiendo pisado ya el último de los escalones, se encontró en un sótano al que llegaba, aunque muy veladamente, la luz eléctrica que salía de una estancia situada bastante más allá. También le llegaron unas voces de hombre que, debido a la distancia, no consiguió entender lo que decían.
Hubiera dado cualquier cosa por tener la posibilidad de retroceder, pero sabía que, por desgracia, eso ya no era posible. Desde luego, toda la culpa había sido suya. Aquello le sucedía por estúpido, por insensato. ¿No había contratado los servicios de un detective? Tenía que haber recurrido a él. Para eso le pagaba, para que, si era preciso, le sacara las castañas del fuego.
Bueno, ya era tarde para llegar a tales conclusiones. Ahora debía hacer frente a lo que fuera.
Acababa de dar un pequeño paso y sin necesidad de más había tropezado con algo.
Cada vez más habituados sus ojos a la penumbra, pudo ver qué era aquello con lo que había tropezado. Desde luego le faltó poco para gritar. Pero consiguió ahogar el grito, comprendiendo a tiempo que, si delataba su presencia, podía esperarle la misma suerte que a aquel desgraciado...
Tenía ante sí a un hombre, medio desnudo, boca abajo, estirado sobre un ancho tablero, con correas sujetándole las muñecas y los tobillos y el cuello.
Sus lamentos no podían hacerse audibles porque se lo impedía una mordaza. Esta tenía una bola de apretado algodón en el lugar exacto para que coincidiera, entrara y rellenara la boca.

Pero lo peor no era eso, ni su obligada inmovilidad sobre aquel tablero asentado sobre cuatro cortas patas, sino que, desde el techo, pendían unas cuchillas que iban oscilando de un lado al otro. Y esas cuchillas, siniestras y terroríficas, le iban rasgando la piel haciendo que de su cuerpo manara abundantemente la sangre.
Sin embargo, las cuchillas sólo descendían lo programado, en ciertos momentos, como máximo, un centímetro de más, y el acerado filo de las cuchillas no profundizaba excesiva mente y el martirio proseguía, proseguía, pero no concluía.
—¡Qué horror! —jadeó Victor Weey, y se preguntó qué podía haber hecho aquel hombre de horrible, de espantoso, para merecer un tormento semejante.
A continuación tuvo que retroceder unos cuantos pasos, bastantes. Había oído una voz que decía:
—Hace ya muchas horas que está amarrado... Muchas horas que las cuchillas le están cortando la carne. Voy a quitarle la mordaza, ya no tendrá fuerzas ni para gritar...
Desde la oscura esquina del sótano en la que se había refugiado, Victor vio entrar a un hombre gordo, con bata blanca. Como si fuera un doctor. O un enfermo.
Se acercó al madero asentado sobre cuatro cortas patas, al hombre que rezumaba sangre, y le quitó la mordaza. Antes, por descontado, había detenido el diabólico mecanismo de aquellas cuchillas que oscilaban como péndulos de reloj.
Ya sin la mordaza, el condenado se quedó con la boca abierta, respirando. Sus ojos, vacíos, inexpresivos, parecían ya privados de la facultad de ver.
—¿Quieres seguir en la misma postura o prefieres que te ponga boca arriba? —le preguntó el sujeto de la bata blanca—. Vas a quedarte aquí hasta que mueras, pero la elección de la postura es cosa tuya.
El desdichado debía sentir su cuerpo, no sólo terriblemente herido, sino entumecido, agarrotado. Hizo un gesto de asentimiento.
—¿Qué quieres decir con ese gesto? ¿Que prefieres que te ponga boca arriba?
El desdichado repitió el gesto de asentimiento.
El sujeto vestido de blanco le soltó un tobillo y luego el otro. Se los volvió a sujetar, pero intercambiando los tobillos.
El cuerpo del desgraciado quedó, de momento, retorcido.
Sin embargo, pronto tuvo el cuerpo derecho. En cuanto le soltó una muñeca, después la otra, y pudo darse la vuelta. Pero su posición, boca arriba, se había hecho aún más espeluznante.
El infeliz pudo comprobarlo cuando, puestas de nuevo en marcha las oscilantes cuchillas, sus filos empezaron a desgarrarle el cuerpo por delante. Pero sólo la piel o poco más. Lo preciso para que la agonía

fuera larga. Muy larga. Inacabable.
¿Qué alma despiadada, qué auténtico diablo era capaz de condenar a un hombre a una muerte como aquella?
De pronto, Victor Weey se quedó rígido, de una pieza. Había reconocido el rostro picado de viruela. Era el grabador de su lápida.
Cuando se rehizo de la sorpresa se acercó al hombre cuyo rostro expresaba un horror sin límites ante aquellas cuchillas que oscilaban como péndulos mortales y que, cualquiera de esas veces, podían descender más y atravesarle por completo.
Desde luego, estaba ya tan debilitado, tan agotado, tan exhausto, que ni podía ya jadear.
—¿Por qué le hacen esto...? —Victor Weey bajó mucho la voz, apenas la hizo audible.
El grabador de su lápida hizo un esfuerzo enorme, infrahumano, por hablar, por articular unas palabras.
—No quie...ren que... que diga lo... lo que sé... —logró finalmente murmurar.
Quizá hubiera dicho algo más, pero no pudo hacerlo, perdió el conocimiento.
Victor Weey pensó que perder el conocimiento era lo mejor que podía haberle sucedido. Todo aquello era demasiado horripilante como para que valiera la pena soportarlo con lucidez.
Acto seguido, se separó de aquel hombre, del grabador de su lápida, y se fue acercando a aquella estancia de la que salía luz. Lo hizo con el máximo sigilo, sabiendo de sobras lo que se jugaba.
Ya cerca de la puerta, oyó el ruido de una sierra eléctrica...
Se imaginó otro tormento como aquel ya visto, o parecído. Pero no se trataba de eso y lo comprobó al asomar la cabeza y mirar.
Aquella estancia iluminada era un quirófano, y en aquellos momentos se estaba llevando a cabo una intervención quirúrgica. La paciente era una niña de apenas dos años...
A un lado de la mesa de operaciones, el cirujano usaba la sierra eléctrica en el cráneo de la niña. Al otro lado, el ayudante, vigilaba que el cerebro no fuera dañado. Y en medio de la espectacular intervención, la pequeña paciente no estaba anestesiada. Solo, en todo caso, parcialmente. Sujetaba entre sus bracitos una muñeca rubia con el vestido de color azul.
—Van a salvarla, no a matarla como quizá estás imaginando —oyó la voz a sus espaldas.
Victor Weey se volvió tras haber dado un bote. Había reconocido perfectamente la voz que sonaba a ultratumba, a muerte. La voz de lord Weey.
—La niña padece de craneostenosis, una enfermedad que aumenta anormalmente el tamaño de la cabeza y que produce terribles

deformaciones en la cara. —Y la voz tenebrosa añadió—: Cuando un bebé, en sus primeros meses de vida, llega a desarrollar su cabeza el doble de su dimensión normal y hasta llega a veces a triplicarla, es evidente que sufre de craneostenosis. En tal caso se hace necesaria una delicadísima operación, que pocos cirujanos saben llevar a cabo. El doctor Brow, con una técnica especial, ha conseguido convertir tal operación en un éxito absoluto. Pero como fue despedido del Colegio de Médicos debido a ciertras irregularidades... Así que, yo le ofrezco mi casa... Porque esta mansión sigue siendo mi casa...
—Sí, sí —asintió Victor.
No se atrevió a llevar la contraria a la voz que salía del interior de la armadura.

* * *

La intervención quirúrgica había concluido y el doctor Brow había dicho:
—Un éxito más.
Después, el doctor Brow, un hombre tan delgado que la piel parecía pegársele a los huesos, y a su ayudante, el hombre gordo que poco antes se había acercado al diabólico tormento, abandonaron el quirófano. La niña, adormecida, había quedado en una pequeña cuna.
En la estancia contigua, doctor y ayudante se lavaron, se quitaron las batas y se sentaron a fumar un cigarrillo.
Para entonces, la armadura había avanzado hasta allí, lenta, un poco pesadamente, pero sin detenerse. Como un ser humano más.
—Supongo —dijo el doctor Brow en aquel momento, dirigiéndose a Victor Weey— que encuentra insólito, desconcertante, incomprensible, que su antepasado haya vuelto a la vida...
Demasiado impresionado para decir nada, el interpelado calló, siguió callando. Y el doctor Brow volvió a hablar:
—La perfección de mi técnica, en los casos de craneostenosis, se basa no sólo en la intervención quirúrgica propiamente dicha, sino en una sustancia que inyecto a mis pequeños pacientes antes de poner manos a la obra. Y ha de saber usted que esa sustancia sólo se encuentra en los ataúdes, en los cuerpos que el transcurso del tiempo ha dejado convertido en polvo... Pues bien —prosiguió—, se trata de que...
—De que abrió mi tumba, mi ataúd, con la pretensión de hacerse con la sustancia deseada —continuó diciendo la voz tenebrosa, la voz de lord Weey— y se encontró con mi cuerpo incorrupto. No, mi cuerpo no se había descompuesto, no se había alterado con el paso de los siglos, mi carne no estaba echada a perder... Era como si acabaran de enterrarme...

—Y entonces, yo... —prosiguió el doctor Brow— le saqué de allí y le llevé a mi pequeño y provisional laboratorio, donde conseguí finalmente que volviera a la vida...
—¿Comprendes ahora —preguntó lord Weey a su descendiente— por qué le he cedido el sótano? Estoy en deuda con él.
—Lo que no comprendo —acertó a decir Victor Weey, si bien con un gran balbuceo—, es por qué sigues metido dentro de la armadura. Si estás incorrupto, si has vuelto a la vida, ¿por qué no te presentas ante mis ojos, y ante los ojos de todos, como eres...?
—Una lógica pregunta que tiene indudablemente su respuesta —dijo la voz tenebrosa—, Pero satisfaré tu curiosidad más adelante, en otra ocasión. Ahora prefiero que tú me digas lo que vas a hacer.
—¿A qué te refieres? —inquirió aún balbuceante.
—¿Vas a traicionarme? ¿Vas a traicionarnos? ¿Vas a decir lo que has visto...?
—No, no —se apresuró a negar Victor.
—Si lo hicieras —le previno— acabarías lo mismo que...
—¿Que ese hombre que está amarrado a la tabla de madera, sobre el que, como péndulos malditos, pasan y repasan las cuchillas? —interrogó, con voz aún más trémula.
—Tú lo has dicho —la respuesta no dejó lugar a dudas.
El doctor Brow se había levantado, dirigiéndose de nuevo hacia el quirófano. Ya allí cogió la muñeca que había dejado en brazos de la criatura mientras la intervenía, sin duda para que se distrajera.
La muñeca estaba manchada de sangre. Desde su rubio cabello hasta su lindo vestido azul. Por lo visto la sangre había acabado alcanzándola con profusión.
—Tírala en cualquier parte —le dijo el doctor Brow a su ayudante—. Compraremos otra muñeca para la próxima paciente.
—¿ Y qué hacemos con él? —preguntó la voz que salía del interior de la armadura, refiriéndose, evidentemente, a Victor Weey—, Yo creo, que si nos promete callar...
—Si nos promete callar —repitió el doctor Brow— le dejaremos libre. Como verá, estamos dispuestos a mostrarnos generosos. Pero si habla de más...
—Acabará como ese otro —le recordó el ayudante.
—Pero ese otro, ¿qué es... qué es... lo que ha dicho para. .. para merecer un final tan horrible? —preguntó el joven.
—Le encomendamos un trabajo y le pagamos bien —le respondió el doctor Brow—. Debía olvidarse de que había colaborado con nosotros. Pero le oímos hablar de más y el resultado es ese...
—Vi a ese hombre en el cementerio —se atrevió a decir Victor—. Estaba grabando una lápida. La mía.
—No nos cuenta nada nuevo.

—Pero, ¿por qué hacía eso? ¿Por qué...? —y al llegar a este punto, Victor Weey gimió, jadeó, y se sintió de pronto temblando, tiritando, castañeteando, lo mismo que un condenado al notar que la soga roza su garganta.

No llegó la respuesta.

Y si llegó él no la oyó. Alguien acababa de darle con algo muy duro en la cabeza. Notó que todo le daba vueltas como un tiovivo enloquecido y que las rodillas se le doblaban. Notó que había dado contra el húmedo suelo del sótano.

CAPITULO VI

Volvió en sí sobre una de las alfombras de la biblioteca.
Se incorporó sobre un codo, respiró a medias mientras se llevaba la mano a la dolorida cabeza y luego, sobrecogido, angustiado, miró hacia la armadura de lord Weey.
Estaba de nuevo en su sitio. Como si no se hubiera movido. Como si quisiera burlarse de él. Como si pretendiera que dudase de sus propias percepciones.
Consiguió ponerse de rodillas y seguidamente de pie, y salió de la biblioteca dando traspiés, tumbos.
Ya junto a la escalera, le faltaron fuerzas y se detuvo. ¡Había sido todo aquello demasiado horripilante, demasiado pavoroso!
Hizo un esfuerzo y empezó a subir. Tenía que llegar arriba. Pero, ¿para qué tantas prisas, tanto anhelo...? ¿Iba a explicar al detective lo que le había sucedido?
No, aún no sabía lo que iba a hacer. Todo su cuerpo estaba congelado de miedo. De un miedo aterrador, horripilante.
Ya en el piso, se fue hacia su dormitorio. Cayó desplomado en la cama. Como un fardo.
No había de dormir ni un solo instante durante toda la noche. La luz del nuevo día le cogió con los ojos tan abiertos como si el horror sufrido hubiera significado la cadena a no poder volver a cerrarlos. Desde luego había llegado a la conclusión de que no debía decir nada, que debía callar lo mismo que si le hubieran cosido los labios.
Pero cuando bajó a la planta baja, a desayunar, decidido a fingir que todo marchaba normalmente, comprendió de pronto que ya no podía soportar más todo aquello y exclamó:
—¡Debo decírselo todo! ¡Y usted tiene que ayudarme, que protegerme, de lo contrario estoy perdido!
Histéricamente se había dirigido a Clark Murray. Su gesto no pudo ser más implorante.
- —¿Qué es lo que le pasa? —preguntó Clark—. ¿Qué es lo que debe decirme? ¿A qué viene esto...?
Con el mismo tono de histerismo, Victor Weey refirió al detective, y a su hermano y a sus primos, todo lo que le había sucedido.
Al concluir, se dio cuenta de que no sólo había perplejidad en los rostros de los presentes. Había también incredulidad.
—¿No me cree usted, señor Murray? ¿No me creéis vosotros? —su tono era de súplica.
A pesar de ello, Donald, que fue el primero en hablar, lo hizo con las siguientes palabras:
—Has debido soñarlo...
—¡Oh, no! —aseguró.

—Tal vez —aventuró seguidamente Amanda— también fue un sueño lo de la otra vez...
—No, no,., —negó repetidamente con la cabeza—. Ni lo del otro día ni lo que os he contado ahora es un sueño... Os lo he dicho ya, estaba en la cama, pero despierto, y oí cómo la puerta de mi dormitorio se entreabría haciendo craaack..., y he salido a ver quién era. Y he visto a la armadura bajar la escalera... Luego, ya en la biblioteca...
Volvió a repetirlo todo. Si no le creían, ¿qué iba a ser de él? Tenían que creerle.
Hubo de hablar otra vez del hombre con el rostro picado de viruela que había sido condenado a morir bajo aquellas alucinantes cuchilladas, que como péndulos iba de un lado al otro. Había de volver a hablar, claro está, del doctor Brow y de su ayudante, y de la pavorosa intervención quirúrgica de aquella criatura que no habían anestesiado del todo y a quien, mientras serraban el cráneo, habían dejado que sujetara entre sus bracitos una muñeca de cabello rubio y vestido azul. Tuvo que referirse también a la armadura, a lord Weey, que había acabado explicándole cómo había vuelto a la vida...
—Bueno, lo primero es tranquilizarse —recomendó poco después Clark Murray.
—¿Tampoco usted me cree? —inquirió Victor Weey en tono realmente desolado.
La respuesta del detective desconcertó a los presentes.
—Yo sí le creo.
—¡Menos mal! —suspiró—. Había temido por un instante, que nadie, ni siquiera usted...
—Pero hemos de demostrar serenidad —repuso Clark a continuación. Terminó añadiendo—: Ahora ya sabemos algo importante. Esta mansión tiene un sótano y...
—Si se enteran de que les he traicionado —murmuró Weey— me matarán...
—No les daremos ocasión a hacerlo, puede darlo por seguro —aseguró el detective—. Para empezar, usted no volverá a poner los pies en la biblioteca. Se apartará sistemáticamente de esa estancia.
—Sí, sí... No obstante, la armadura anda, se mueve... Puede acudir en mi busca y entonces...
—Déjeme eso a mí —manifestó Clark—, Limítese a hacerme caso. ¿De acuerdo?
—Sí, sí... —volvió a asentir el joven heredero.
—¿Por qué no nos dice lo que piensa verdaderamente de todo esto? —preguntó Amanda—. Si no ha sido un sueño, es que ha sido verdad...
—De esto no cabe la menor duda —afirmó Clark.
—Así las cosas, ¿hemos de dar como válida la suposición de que

nuestro antepasado, muerto hace siglos, haya vuelto a la vida? —fue Donald el que habló, y lo hizo, al margen de lo que pudieran estar pensando los demás, con marcada ironía.
—Yo no he dicho tanto —matizó Clark.
—¿Pues qué es entonces lo que ha dicho? —preguntó Penélope.
—Lo primero que hemos de hacer —manifestó el detective, desentendiéndose de la pregunta de Penélope—, es averiguar qué lugar de la librería es la que da paso al sótano... Supongo que lo recuerda usted, seflor Weey.
—No —reconoció el interpelado—. Me sentí falto de fuerzas y me apoyé con el hombro en una de las estanterías. Entonces oí un «Ñflflñññññick...» y la estantería se movió... Es lo único que puedo decirle.
—Hay libros y estanterías por toda la estancia —observó Myrna—. No va a resultar sencillo averiguar dónde exactamente...
—Cuando se apoyó en la estantería, estaría mirando a la armadura, imagino... —repuso Clark. Y ante el gesto afirmativo que recibió—: Si me dice qué hombro es el que apoyó, empezaremos a sacar conclusiones...
—Apoyé el hombro derecho —recordó Victor Weey—. No, no —corrigió casi de inmediato—, el izquierdo... Bueno, la verdad es que no estoy seguro.
—Nunca he sido miedoso —intercaló Stewart, que hasta ese momento no había dicho nada—, pero creo que lo estoy siendo ahora. Y creo que con motivo, esto es lo malo...
—¿Quieres decir —preguntó Amanda— que ahora resulta que tú también crees en ciertas cosas misteriosas?
—Quiero decir —observó Stewart— que yo, como el seflor Murray, creo firmemente que todo eso no ha tenido nada de sueño...

* * *

Clark Murray estuvo más de una hora en la biblioteca. Al salir de allí vió más de una mirada expectante. Posiblemente esperaban que les dijera que ya había dado con la entrada al sótano.
—No he encontrado nada —les dijo.
—¿Y si llamáramos a la policía? —sugirió Stewart—, Creo que sería una buena idea.
—¿Y qué vamos a decir a la policía? —preguntó Amanda—. ¿Que nuestro antepasado sigue vivo y coleando...?
—Déjate de bromas —reprendió Penélope—, No creo que sea el momento adecuado para hacerlas.
—Yo prefiero que lo solucione todo el señor Murray —manifestó Victor Weey. Y buscó la comprensión de todos ellos—. Haceros cargo, si os

digo que una armadura anda sola, y todo lo demás, me van a mirar de un modo raro... Prefiero no tener que pasar ese mal rato...
—Yo me encargaré de solucionar el caso —aseguró Clark.
—Mientras tanto —recordó Amanda— en el sótano pasan cosas horribles... —y diciendo esto, medio en broma medio en serio, lo cierto es que se asustó a sí misma.
Clark Murray se sirvió un whisky. Lo que Stewart, por su parte, también acababa de hacer. Pero Stewart ya era el cuarto que bebía.
Por lo que se refiere a Clark, terminó dejando el whisky a medias y acercándose a Penélope, que se había quedado algo apartada de los demás.
—Dado que usted no se puede valer por sí misma —le dijo—, imagino que le gustaría estar en cualquier otra parte antes que aquí, ¿no es eso?
—Se equivoca plenamente —la respuesta de Penélope no necesitó ser pensada.
—Creía que estaba asustada...
—Sólo hasta cierto punto —hizo constar—. Por lo demás, nadie se siente aquí mejor que yo. Y es fácil de comprender —añadió—, porque bajo este techo lo tengo todo.
—A los demás les sucede lo mismo.
—Mi caso es distinto. Si Victor no fuera tan bueno y generoso con nostoros, con Stewart y conmigo, ¿qué sería de nuestra vida? Nos veríamos abocados a una situación poco menos que desesperada. Si se diera tal circunstancia —insistió—, yo no podría ayudar a Stewart por más que me lo propusiera. Sólo sería un estorbo, un engorro para él. En cuanto a él, mucho me temo que sólo acertara a coger una botella de whisky y a beber hasta quedarse tumbado.
—Le veo muy enamorado de usted —repuso Clark—. Creo, por el contrario, que su marido dejaría de beber y trabajaría hasta conseguir que a usted no le faltara nada...
—Es aquí donde no me falta nada —manifestó Penélope—. En cuanto a que Stewart esté muy enamorado de mí, no, no le digo lo contrario. La verdad es que estoy convencida de su sincero y profundo amor. En realidad —agregó—, casarme con él fue lo mejor que pude hacer.
—¿Quiere decir...? —preguntó Clark, intentando que siguiera hablando.
—Que hubiera sido un gran error por mi parte casarme con Donald. Nunca llegó a amarme, y la prueba está en que ha acabado odiándome, y sigue odiándome, rabiosamente diría yo, a pesar de que me ve ciega. Y dese cuenta, se lo digo sin tomarme la molestia de bajar la voz. Me da igual que pueda estar escuchándome.
—No la oye —repuso Clark—. No nos oye nadie.
—Bien mirado, mejor así.

—Con el tiempo, todo se suavizará —opinó Clark, intentando ahora, como antes, que Penélope siguiera hablando.
—Si usted cree eso es que conoce muy poco a Donald. No me perdonará nunca. Eso de que le dejara por Stewart...
—Quizá todo hubiera sido de otra manera —apuntó Clark— si Donald hubiera aceptado de su hermano Victor la mitad de la herencia recibida...
—De ser así, quizá, efectivamente, hubiera aceptado a Donald. ¿Qué quiere?, el dinero es muy tentador y por un momento me tentó a mí la respuesta de Penélope había sido sencilla, como quien confiesa y expone algo completamente natural—, Pero Donald no quiso pedir nada a Victor. Según me dijo no tenía por qué hacerlo, ya que si el abuelo se lo había dejado todo a su hermano, por algo sería, y él, por descontado, no tenía por qué inmiscuirse en las últimas voluntades de nadie.
—Le honra esa manera de pensar, ¿no cree?
Quedó pendiente de la respuesta.
—Es posible —admitió—. De todos modos...
-¿Qué?
—No sé cómo se las ha arreglado Donald, pero ha conseguido que Victor haya hecho testamento a su favor.
—Tal vez lo ha conseguido sin necesidad de maniobra alguna.
—De acuerdo. Pero yo tengo tan mala opinión de él —añadió—, que nada me extrañaría... Y no excluyo...
Clark Murray hubiera deseado saber qué era lo que «no excluía». Podía ser muy interesante saberlo.
Sin embargo, se quedó con las ganas de saber lo que Penélope estaba pensando, lo que estaba queriendo decir. Alguien acababa de acercarse a ellos. Y la ciega había captado su presencia, quedándose con la palabra en la boca.
—¿Estás hablando mal de mí al señor Murray? —preguntaba Donald.
Era él quien estaba allí, junto a ellos.
—De ti no puedo hablar bien a nadie —le contestó Penélope.
—No tienes motivos auténticos, reales...
—Porque no tienes la oportunidad al alcance de tu mano —replicó ella, sin dejarle acabar—. Si pudieras, serías con Stewart y conmigo tan cruel y despiadado como Victor es bueno y generoso. Serías el reverso de la medalla.
—Nuestras opiniones coinciden cuando nos referimos a Victor —repuso Donald—, No puede haber otro más bueno y generoso que él. Pero, ¿qué has querido decir exactamente con eso de que no tengo la oportunidad al alcance de la mano?
—Si Victor muriera... —empezó a decir Penélope.
—¿Morirse Victor? —inquirió bruscamente.

—En aquella lápida del cementerio ponía que su vida había dado fin, ¿no es cierto? Pues bien, de cumplirse ese vaticinio, por llamarlo de alguna manera...
—¿Qué quieres decir? —la brusquedad de su tono se había hecho aún más latente.
—Si tú herederas de Victor, si tú te convirtieras en el dueño de todo —dijo Penélope—, sé de sobras la suerte que me esperaría. Me arrojarías de aquí a las cuarenta y ocho horas.
—No te concedería tanto —reconoció Donald—. Un par de horas bastan para hacer las maletas.
—Y te quedarías tan tranquilo...
—Naturalmente —repuso Donald—. Pues no te irías sola, sino acompañada de tu marido, del hombre que vale tanto que me dejaste a mí por él. Pues bien, te dejaría a tu suerte en su compañía para que de una vez por todas te enteraras de cuáles son sus virtudes.
—Lo dices con una ironía que no se me escapa.
—Desde luego, le veo beber demasiado para creer que fuera capaz por ti de algo digno. No le imagino —añadió— ni siquiera buscando trabajo. Y eso no es decir mucho, pues un hombre debe trabajar.
—¿Cómo tú...? —preguntó.
—Sí, como yo —contestó Donald.
—Todos tenemos los nervios un poco fuera de sitio —intercaló Clark Murray, conciliador—. Vale más no tomar en cuenta lo que se dice en momentos así.

* * *

Vieron entrar en el salón a una de las criadas. Una mujer de mediana edad, de aspecto pueblerino, con cara de buena persona. Llevaba en los brazos una muñeca rubia con un vestido de color rojo. Un rojo granate, oscuro.
—La he encontrado en el cubo de basura —murmuró.
Clark se acercó a la sirvienta y miró de cerca a la muñeca, que no llevaba un vestido rojo como podía haberle parecido a primera vista. El vestido era azul, pero estaba tan manchado de sangre que daba la impresión de ser de color rojo. De un rojo que parecía estar oscureciéndose por momentos.
—Es la muñeca que vi en el sótano... —jadeó Victor Weey—, La vi en brazos de la pequeña paciente... El doctor Brow, el hombre tan delgado que la piel parecía pegársele a los huesos, y su ayudante el hombre gordo, le dejaron, mientras duró la intervención, que la estrechara entre sus bracitos... No, la criatura no estaba anestesiada... Sólo debía estarlo parcialmente...
—Vaya a buscar un papel de envolver —dijo Clark a la sirvienta—.

Deje aquí la muñeca.
—Entonces, ¿era cierto todo eso...? —se estremeció Amanda—, Me resistía a creerlo.
—¿Suponías que mentía? —le preguntó Victor.
—Podía tratarse de una broma.
—Yo no soy capaz de bromear así. Lo sabes de sobras.
—Y estaba en el cubo de basura —comentó Penélope—. La sirvienta tenía que verla a la fuerza. No parece, pues, un lugar muy adecuado para dejarla...
—Está todo muy confuso —comentó Stewart.
—¿Para qué ha pedido el papel de envolver? —inquirió a su vez Myrna.
Se había dirigido al detective. Estaba convencida de que si buscaba efectividad y coherencia a lo que fueran a hacer, todo ello debía partir única y exclusivamente de él.
—He pedido el papel para envolver a la muñeca —aclaró Clark—, Voy a llevármela.
—¿Adónde? —preguntó Victor Weey.
—¿Adónde...? —la misma pregunta en boca de su hermano mayor.
Clark miró a éste, a Donald, y se dispuso a responder. Pero Amanda se anticipó a su respuesta, preguntando a su vez:
—¿Y para qué va a llevársela?
—Un buen análisis nos permitirá averiguar qué clase de sangre es esta —manifestó Clark.
—¿Está pensando, acaso, que puede ser sangre de un simple animal? —indagó Penélope—. Sangre utilizada con la sola pretensión de impresionarnos...
—Si eso que dices fuera cierto —manifestó Victor Weey—, carecería de todo sentido lo que yo os he contado. Y os he contado la verdad, por más que ya veo que no me creéis... Pero, claro —se hizo cargo—, es lógico que no me creáis...
—Cuando el laboratorio nos dé el análisis, sabremos a qué atenernos —repuso Clark—, Hasta ese momento es mejor que nos abstengamos de suposiciones que, por lo demás, no van a llevarnos a ninguna parte.
Quedaron de acuerdo. Se trataba de contener los nervios y de esperar.

CAPITULO VII

Había llegado la hora de la cena y Clark Murray no había regresado aún. Estaban sin saber qué pensar.

Finalmente, ya acabada la cena, oyeron que su coche se detenía ante la puerta principal de la mansión.

—¡Ya está aquí! —exclamó Victor Weey, demostrando que su impaciencia había llegado al límite.

—Ya era hora —comentó Stewart.

—Ha estado fuera demasiado tiempo —el comentario de Penélope daba que pensar—. Aseguraría que ha estado haciendo algo más que esperar el resultado de los análisis. Me gustaría saber qué ha sido.

—¿Qué te imaginas tú? —le preguntó Myrna.

—¿Acaso hacer el amor con alguna chica? —preguntó a su vez Amanda—. Para ciertas cosas todas las horas son buenas.

Clark Murray estaba entrando ya en el salón. Allí se encontró con un silencio tan tenso que daba la sensación que se hubiera podido cortar.

—¿Y bien...? —inquirió Victor Weey, sin acertar a fingir una serenidad que no tenía.

—De lo que nos diga depende mucho —repuso Amanda—. Así que, hable, por favor, no nos tenga más sobre ascuas.

—Desde luego, ha tardado usted tanto, señor Murray —dijo Penélope —, que ya no importa poco más.

—Si no ha venido antes —insinuó Stewart— será porque no ha podido. Sé comprensiva, querida.

—Diga io que sea... —suplicó Myrna.

La respuesta de Clark Murray había de ser breve. Breve y a un mismo tiempo contundente.

—El análisis no admite lugar a dudas. Es la sangre de un ser humano.

—¿Veis...? —y Victor Weey echó una mirada circular—, ¿Veis como todo encaja?

Clark no había dicho una cosa por otra. Acababa, pues, de comunicar a los presentes el resultado del análisis tal y como a él se lo habían facilitado.

—Mañana —dijo Clark acto seguido— seguiré buscando en la biblioteca. Hemos de dar con la entrada al sótano... Esto es básico, primordial...

—Pero su empeño, hoy, no le ha llevado a ninguna parte —le recordó Donald, de nuevo, evidentemente, un tanto irónico.

—Mañana espero tener más suerte.

—Se la deseo —dijo Penélope—, pero no me haga demasiadas ilusiones.

Se acostaron tarde. Ninguno de ellos tenía sueño. ¿Cómo iban a tenerlo cuando todo resultaba tan insólito, tan incomprensible, tan

fuera de la más mínima lógica?
Además, el miedo había empezado a hacer acto de presencia en todos y cada uno de ellos. En mayor o menor medida, desde luego. Pero ya no era posible desalojar de sí mismos la perplejidad, la alarma y a la vez los recelos.
De pronto, en medio del silencio reinante en la victoriana mansión, se oyó gritar a su dueño.
El detective salió de su dormitorio y corrió hacia el de Victor Weey. No perdió ni un solo instante. Aún no se había desvestido. Estaba fumando el último cigarrillo del día, mientras, in mente, iba atando cabos.
Se encontró con que Victor Weey pisaba ya el corredor, en busca, indudablemente, del hombre cuyos servicios había contratado.
—Acabo de verles por la ventana... —le dijo, jadeando.
—¿A quiénes ha visto? —le preguntó Clark.
—A ellos... A ellos... —repuso.
—¿Quiénes son ellos?
—Venga, venga...
Le llevó hasta la ventana de su habitación y le hizo mirar hacia el exterior.
Un exterior que se veía difuminado por la niebla. No obstante, aquella noche la niebla no era excesivamente espesa.
Clark pudo ver perfectamente, pues, como relativamente cerca de allí se hallaba la armadura de lord Weey, moviéndo se como si las articulaciones de su armazón de hierro le otorgaran una desusada ligereza. Y pudo ver perfectamente, asi mismo, como junto a la armadura aparecía la gentil silueta de la muchacha de largos cabellos rojos ataviada con el traje antiguo de color plateado.
—Son ellos, ¿se da cuenta...? —jadeó Victor Weey.
Clark Murray no respondió. Hacerlo hubiera significado perder unos segundos y se trataba de no perderlos.
Salió rápidamente del dormitorio, recorrió el largo corredor a grandes zancadas y se precipitó escaleras abajo.
Ya abajo, cruzó el vestíbulo y se metió en la biblioteca, dándole al interruptor de la luz. Antes de nada tenía que saber si la armadura de lord Weey estaba en su sitio. Bien mirado, todas las armaduras se parecen.
Lo que se imaginaba desde luego. No estaba allí.
Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de salida. Tenía que dar alcance a aquellos dos fantasmas del pasado...
Como tal, al menos, los veía Victor Weey. Y como tal, sin duda, los vería cualquiera que se limitara a creer en lo que sus propios ojos contemplaban.
Como fuera, a él le correspondía darles alcance y enfren tarse a

aquella situación. Una situación que, de pudo desconcertante, rozaba evidentemente los linderos de lo increíble.
Pero así que salió de la mansión e intentó ver dónde se hallaba la armadura, ésta no apareció ante sí. Había conseguido perderse entre la oscuridad y la niebla. Sin duda lo que pretendía.
No consiguió otro tanto la muchacha de largos cabellos rojos, ataviada con un vestido antiguo de color plateado. Se escapaba, huía, pero Clark llegó a tiempo de verla.
De todos modos, la muchacha debía conocer el terreno que pisaba mucho mejor que el detective, así que se metió entre los montes, tomó atajos, torció en una dirección y en otra, volvió a tomar atajos, y lo cierto es que terminó burlando la vigilancia de que era objeto.
Pero Clark sabía dónde encontrarla...
Así que, sin pensarlo más, se dirigió a la posada. Era ya muy tarde, pero seguro que aún no habrían cerrado.
Al llegar allí se encontró con que todavía había bastantes clientes, a los que estaba atendiendo el posadero. A su sobrina no se la veía.
—Una cerveza —solicitó Clark, y apartando una silla se sentó a una de las mesas.
—En seguida —contestó el posadero, que había murmurado algo entre dientes.
Al poco alzaba la voz y llamaba:
—¡Rosalind!
Fue como si no hubiera llamado a nadie, y volvió a mascullar algo.
Un par de minutos después, sin embargo, su sobrina se dejó ver. Con naturalidad. Pero el pecho le subía y le bajaba al ritmo de una respiración fatigosa. Venía anudándose el pulcro delantal.
—¿Se puede saber dónde te has metido? —le echó en cara el posadero.
—Estaba en la cocina, secando unos vasos...
—Lo que haya que hacer en la cocina se hará mañana. Ahora ayúdame a atender. Sirve a ese joven. Ha pedido una cerveza.
—Sí, tío.
Apenas le puso la cerveza en la mesa, Rosalind se atrevió a mirarle de frente. Tal vez comprendió que no podía dejar de hacerlo.
—¿Usted...?
—¿Por qué no?
—Le suponía de paso.
—Por cierto —repuso Clark—, la veo con la respiración entrecortada, está claro que no consigue acompasarla. ¿Ha venido corriendo de alguna parte?
—No sé por qué me dice eso...
—Yo diría todo lo contrario, que lo sabe muy bien. Pero mucho me temo que no quiera colaborar conmigo, así que me limitaré a decirle

una cosa... Si usted es la muchacha a la que he perseguido, y me consta que lo es, apuesto doble contra sencillo a que dentro de la armadura iba Jimmy, su novio...
—¿Vuelve otra vez con la armadura a vueltas? —pero Rosalind no pudo evitarlo, se azoró.
—El otro día, cuando le hablé de la armadura —manifestó Clark—, se comportó usted con una naturalidad absoluta, convenciéndome de que no sabía nada del asunto. Pero ahora, francamente, no puedo decir lo mismo...
—Discúlpeme, pero tengo trabajo.
Se dispuso a irse, pero Clark la detuvo. Con estas simples palabras, que pronunció con el tono de un amigo que se complace en dar un buen consejo:
—Yo de usted diría la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad... Como en los juicios, ya sabe —bromeó un poco—. Si en esto se mete la policía, el asunto puede complicarse y las consecuencia en tal caso, no creo que fueran de su agrado. —Desde luego había dejado ya de bromear.
—¿Ha dicho la policía...? —se azoró aún más Rosalind.
—Eso he dicho. Ha oído perfectamente.
—Que una armadura se mueva sola, no es muy corriente, desde luego que no, pero tampoco creo que sea motivo para que intervenga la policía —comentó Rosalind finalmente.
—Yo soy detective —se lo hizo saber.
—¿Detective...?
—Y estoy aquí para esclarecer ciertos hechos. Si tales hechos se complicasen, entonces, no lo dude, intervendría la policía. Por eso le he aconsejado que diga la verdad... Si lo hiciera así, se sacaría las pulgas de encima, y disculpe lo vulgar de la expresión.
Rosalind se quedó sin saber qué responder. Como si, cogida en una trampa, en realidad temiera caer de pleno en ella.
—Comprendo —repuso Clark—, necesita consultar con Jimmy, su novio. A propósito —terció—. ¿Dónde ha dejado el vestido de color de plata? Le sentaba mejor que el delantal que ahora lleva puesto. —Pero no, no esperó la respuesta y agregó—: Si usted y su novio se lo piensan bien y cambian de idea... Si desean sincerarse conmigo, sepan que estoy en la mansión... Telefoneen y me reuniré en seguida con ustedes, donde me digan...
Rosalind seguía azorada y nerviosa. Pero era obvio que no quería decir ni una sola palabra más.
—Lo han hecho por dinero y en cierto modo me hago cargo —dijo Clark—. Están pensando en huir juntos en cuanto tengan unas libras ahorradas, y esa oferta les ha parecido poco menos que una dádiva del cielo. Pero en esta vida no se debe actuar nunca a la ligera, so

pena de lamentarlo. Bue no, yo me comprometo, si se sinceran conmigo, a no comprometerles... En realidad, a mí me bastaría y me sobraría con saber quién les ha pagado por...
—Tengo trabajo, ya se lo he dicho. —Y esta vez Rosalind se alejó de la mesa.
Clark Murray acabó de beberse la cerveza, y puesto que ya todo estaba dicho, salió de la posada. Había de encaminarse directamente a la mansión.

* * *

Al llegar se encontró con que todos volvían a estar en el salón. Myrna, Amanda y Penélope con batas largas. Ellos con sus trajes habituales. Por lo visto los hombres no se habían desvestido aún cuando se oyó el grito de Victor Weey en medio del silencio de la mansión.
—No he conseguido darles alcance —les comunció Clark—. Se me han escurrido entre la niebla, o entre la oscuridad, o entre ambas. Mala suerte —resumió.
—Estoy perdiendo los nervios —confesó Amanda—, ¿Tú, no...? —le preguntó a su hermana.
—Sí, claro —asintió Myrna—, Pero yo confío en el seflor Murray; sé que nos aclarará este lío y que todo acabará bien.
—¿Confiarías tanto en él si fuera pequeño y feo? —inclinándose hacia Myrna, se lo preguntó casi al oído y por descontado con bastante retintín.
—¿Están bien cerradas las puertas y las ventanas? —preguntó a su vez Penélope—. Al menos que sepamos de fijo que la armadura no va a entrar de nuevo, ni va a hacerlo tampoco la muchacha pelirroja...
—Puedes estar tranquila, querida —contestó Stewart...
—Bueno, no hay por qué dramatizar en exceso —manifestó acto seguido Clark Murray—. No es esta una situación fácil, lo reconozco, pero tampoco nos hemos de dejar llevar por el miedo... Les sugiero que vuelvan a sus dormitorios y que intenten dormir, o al menos reposar. Mañana, quizá, se solucione todo.
—Muy optimista le veo —Donald se mostró irónico una vez más—. Francamente, quisiera compartir ese optimismo suyo.
Un rato después, a pesar de los comentarios desasosegados, poco tranquilizadores de unos y otros, todos ellos se habían retirado a sus respectivos aposentos. Todos menos Stewart.
Stewart había acompañado a su esposa hasta su alcoba, pero había vuelto a bajar. Desde luego lo hizo antes de que Clark Murray subiera.
—¿Es que desea hablar conmigo? —le preguntó el detective, adivinándole la intención, que por lo demás estaba clarísima.
—Sí —afirmó Stewart.

—Por mí no hay inconveniente. ¿Qué tiene que decirme? Sin duda algo importante, ¿no?
—Yo no tengo nada importante que decirle a usted.
—¿Entonces...?
—Deseo hacerle una pregunta.
—Hágamela.
—¿Dónde ha estado mientras en el laboratorio analizaban la sangre de la muñeca? Tengo la corazonada de que ha aprovechado el tiempo.
—Suelo aprovecharlo siempre que puedo.
—No me ha respondido.
—Es mejor que me abstenga de hacerlo. Las circunstancias exigen que sea comedido.
—Puesto que usted no me lo quiere decir, se lo voy a decir yo. —Y Stewart estaba ya junto al mueble bar, sirviéndose una copa más—. Ha estado en casa de nuestro doctor de cabecera, el doctor Savill para más señas...
—Puesto que usted lo ha dicho, lo admito —reconoció Clark—. Sí, he estado hablando con el doctor Savill.
—Ha sido fácil deducirlo —expuso Stewart—, El doctor de la familia podía sacarle de dudas.
-¿Sí...?
—Cuando sucede algo raro en un lugar donde hay una paralítica, pues la verdad es que en seguida se sospecha de ella... Como en los relatos de suspense... «¿Y si no estuviera ciertamente paralítica?» La pregunta parece casi obligada. Pues bien, aquí hay una ciega y la pregunta también parece obligada... ¿Y si no estuviera realmente ciega?
—Admito —repuso Clark, queriendo ser sincero— que la idea me pasó por la cabeza. Pero debidamente informado por el doctor Savill sólo me queda presentarle mis disculpas.
—Penélope es ciega —afirmó Stewart, luego de beberse de un trago el contenido de la copa— y seguirá siéndolo el resto de sus días. Desgraciadamente es así.
—Créame que lo lamento.
—De todos modos —repuso Stewart, y volvió a servirse otra copa—, no me suponga arrepentido de haber unido mi vida a la suya. Volvería a hacerlo, la sigo amando lo mismo que el primer día.
—Me parece muy hermoso —convino Clark. Y preguntó—: ¿Puedo aconsejarle, sugerirle algo...? Si no ha de tomárselo a mal. Nada más lejos de mí que molestarle.
—Adelante.
—No debiera beber tanto. Sí, sí, ya me he dado cuenta de que soporta estoicamente la bebida. Ingiere alcohol y ni se inmuta. Pero,

¿ha pensado —inquirió— qué pasará si sigue haciéndolo así?
—Me convertiré en un borracho y no acertaré ni a responder de mis propios actos. ¿Es esto, más o menos, lo que iba a decirme? —e ingirió la copa que sostenía en una mano que, todo sea dicho, no temblaba en absoluto.
—Sí, eso iba a decirle —asintió Clark—. Hágase cargo, su esposa va a necesitar mucho de usted...
—No voy a defraudarla, puede darlo por seguro, señor Murray. ¿No le he dicho que la quiero como el primer día? Haré cualquier cosa para que nunca le falte nada. Aunque no creo que vaya a tener que esforzarme mucho. Victor es tan generoso con todos nosotros...
—¿Y si dejara de serlo? —sugirió Clark.
—¡Oh, no, eso es imposible! —exlamó Stewart, plenamente convencido de lo que decía.
—Supóngalo por un momento.
—No acierto a imaginar algo semejante. Victor ha sido bueno y generoso toda su. vida. No cambiará nunca. Eso lo sé yo y lo sabemos todos.
—¿También Penélope?
—No le entiendo...
—Quizá su esposa no confíe tanto como usted en esta situación.
—Está equivocado, señor Murray. Penélope sabe que puede confiar total y absolutamente en nuestro primo Victor.
Hablaron un rato más. No mucho. Era ya muy tarde y debían acostarse.

CAPITULO VIII

Serían las tres de la madrugada cuando Victor Weey se despertó. O le despertó algo, no estaba seguro.

Lo estuvo después, cuando oyó la voz femenina, dulce y armoniosa como un canto celestial a través de la puerta de su dormitorio.

—Levántate y sígueme... Anda, levántate...

Con una angustia horrible metida dentro del cuerpo, Victor Weey retiró la ropa y se levantó. Se puso la bata, maquinalmente.

No pretendía seguir a aquella voz. Una voz que había reconocido en el acto. Pertenecía a la muchacha de largos cabellos rojos ataviada con un vestido de color plateado.

Pretendía, únicamente, salir de la habitación y llamar al dormitorio de Clark Murray. Pediría ayuda. La necesitaba desesperadamente.

Pero a la hora de entreabrir la puerta de su habitación y asomar la cabeza, le asaltaron todos los temores, todos los recelos, todos los miedos del mundo. Se quedó indeciso.

Aun así, respiró hondo, acumuló energias y terminó entreabriendo la puerta. Luego salió poco a poco. Afortunadamente en el corredor no había nadie.

¿Dónde estaría la muchacha pelirroja?

Miró hacia la escalera. Allí estaba, descendiendo los peldaños, vuelto su rostro hacia él como animándole a seguirla.

Pero Victor Weey, como es lógico, no tenía la más mínima intención de repetir el error cometido la noche pasada, asi que no estaba dispuesto a seguirla... No, claro que no. No iba a ser tan insensato como para repetir una experiencia tan estremecedora.

Sin embargo, apenas dió un par de pasos hacia el dormitorio que había destinado al detective, notó que había alguien a sus espaldas. Fue como si se sintiera observado y notara la mirada en la nuca.

Se volvió, a tiempo de ver quién era esa persona. Pero ¿podía verdaderamente llamarse persona a quien...? Era la armadura de lord Weey la que estaba allí, a sus espaldas...

Hubiera huido; por falta de ganas no quedó. Pero no llegó a tiempo de hacerlo. La mano de hierro de aquella armadura, la izquierda, le cayó implacablemente sobre el cráneo. Con la derecha seguía sujetando como siempre la gruesa y pesada espada.

Victor Weey perdió el conocimiento. El golpe fue demasiado contundente como para que pudiera ser de otra manera.

Cuando volvió en sí, quizá no mucho tiempo después, se encontró junto a unos peldaños que descendían. En medio de la oscuridad.

En seguida comprendió donde se hallaba. Junto a la estrecha escalera que conducía al sótano.

Al alargar el brazo y tantear con la mano, dio con la barandilla de

madera.
Asi que sus ojos se habituaron a aquella oscuridad, vio como la librería, a sus espaldas, había vuelto a colocarse en su sitio. La entrada, pues, había quedado de nuevo cerrada, taponada. Lo mismo que la otra vez.
¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer...? Se lo preguntó hasta no saber qué responderse, porque cuanto más se lo preguntaba menos atinaba con la debida respuesta.
De cualquier forma, finalmente, se aferró a la barandilla y empezó a bajar. Como la otra noche, la mano le sudaba mucho y le resbalaba, se le escurría hacia abajo.
Ya descendido el último de los peldaños, se encontró en el sótano propiamente dicho. Llegaba hasta allí, aunque muy veladamente, la luz eléctrica desde la otra estancia.
Victor Weey buscó el ancho madero sobre el que pendían las siniestras y oscilantes cuchillas. Allí, la noche antes, estaba despiadadamente amarrado el hombre que tenía el rostro picado de viruela.
Ahora el ancho madero se hallaba vacío.
Pero escasos metros más allá, en el suelo, aparecía el cadáver de quien había prolongado su agonía hasta hacía muy poco. Debía ser así porque a! acercarse y tocar el cuerpo notó que aún estaba caliente, tibio.
En aquel momento, Victor Weey oyó voces. La del doctor Brow, el hombre tan delgado que la piel parecía pegársele a los huesos, y la de su ayudante, el hombre gordo. Parecían discutir por algo.
No obstante, de súbito, ambas voces enmudecieron. Uno de ellos terminó diciendo:
—Creo que ya le tenemos otra vez aquí...
—Dijeron que le traerían aunque se vieran forzados a hacerlo no muy ceremoniosamente —repuso la otra voz.
—Nos ha traicionado —añadió la primera voz.
—Y debe pagarlo —agregó a su vez la otra voz.
A Victor Weey se le ocurrió volver sobre sus pasos, escaleras arriba a todo correr. Ya en lo alto, en el descansillo, daría puñetazos con toda su fuerza en la biblioteca y quizá fuera oído. Eso podia significar su salvación.
No quiso pensarlo más. Era una buena idea. Se precipitó hacia arriba y ya allí se puso a aporrear la biblioteca con todas sus fuerzas, mientras su voz, desgañitada, se esforzaba por hacerse oír con la mayor fuerza posible.
—¡Socorro! ¡Socorro,...!
Estuvo gritando hasta que se sintió agarrado por ambos brazos.
Entonces, aterrado, miró a quienes no se conformaban con

inmovilizarle. Así que le tuvieron quieto, le arrastraron y le llevaron escaleras abajo. Se trataba del doctor Brow y de su ayudante.
De nuevo en el sótano, más aterrado y despavorido cada vez, Victor Weey vio como le llevaban hacia el ancho madero asentado sobre cuatro patas cortas. Donde, instante después, sus muñecas y sus tobillos y su cuello quedaron sujetos con las correas de cuero. Y también apareció la mordaza con la bola de apretaba algodón que terminó metiéndose inexorablemente en su boca.
—Pondremos en marcha las cuchillas dentro de un rato.., —se le rió en su propia cara el doctor Brow—, Hay tiempo para todo.
Dicho esto, y en compañía de su grueso ayudante, se dirigió a la estancia contigua, hacia lo que era el quirófano. Cerraron la puerta.
Victor Weey no se murió de auténtico miedo porque oyó tenues y discretas pisadas y al volver hacia allí sus ojos se encontró con la alta y atlética figura de Clark Murray.
—Schissss... —el detective había puesto el índice sobre los labios pidiendo silencio.
No tardó en darse cuenta de que Victor Weey no podía decir nada. Estaba amordazado.
Se dispuso a soltarle.
—Déjeme hacerlo a mí —dijo Myrna.
La muchacha también estaba allí.
Por lo visto, dedujo Victor Weey, habían oído sus puñetazos a la parte trasera de la biblioteca. Golpes que debían haber indicado dónde se hallaba exactamente la entrada del sótano, por lo que dieron con relativa facilidad con el resorte adecuado.
Quitada la mordaza de la boca, Victor Weey pudo hablar. Pero no lo hizo, pendiente solamente de que sus muñecas y sus tobillos quedaran liberados.
Inmediatamente pudo abandonar el madero. Un suspiro de verdadero alivio subió por su garganta.
Pero acababa de abrirse la puerta por la que, minutos antes, había desaparecido el doctor Brow y su ayudante. Y ahora, mientras se encendían de pronto las luces del sótano, surgieron ante ellos unos monstruos horripilantes, unos seres que parecían ciertamente de otro mundo.
Eran unos seres enormes, descomunales, aunque, en realidad, lo único ciertamente enorme y descomunal de ellos era su cabeza. Una cabeza cuyo volumen había duplicado, cuanto menos, lo que debía haber sido su tamaño normal.
Los rostros de esos seres, terriblemente desfigurados, escalofriantemente deformes, mostraban el gesto rabioso, furibundo, maligno. Expresaban un odio indecible.
Victor Weey retrocedió unos cuantos pasos. Retrocedió hasta no

poder hacerlo más, hasta que su espalda topó con una pared.
Myrna también retrocedió, espantada, aterrada. Aquellos seres dantescos, cuyo número era de cuatro a cinco, se esta ban abalanzando sobre ellos.
Clark Murray no retrocedió. Se limitó a llevar la diestra a la axila, a desenfundar la automática y a apuntarles.
—¡Ó se detienen o disparo! ¡No voy a repetirlo!
Tras aquellos seres espeluznantes había aparecido el doctor Brow y su ayudante. Y a ellos iba la advertencia del detective. A ellos únicamente, pues estaba estremecedoramente claro que aquellos seres no se atenían a más órdenes que a las suyas.
—¡Cogedles! —ordenó el doctor Brow.
—¡Cogedles! —repitió el ayudante.
No se detuvo el avance de aquellos seres horribles, horrendos, que daban la impresión de haber sido sacados del más pavoroso y aterrador aquelarre.
Y Clark disparó...
El que iba delante quedó abatido a la primera. Pero el siguiente necesitó dos disparos consecutivos para quedar inmovilizado.
Los demás se detuvieron un instante, pero sólo un instante. Volvieron a la carga, hacia delante, como movidos por un resorte.
Myrna lanzó un grito, llevándose las manos a la boca, mientras Clark volvía a disparar.
Y lo hizo repetidamente, pues la situación no era como para tener miramientos de ninguna clase; podían costar demasiado caro.
Tres de aquellos seres cayeron al suelo sin vida, pues fueron alcanzados en lugares vitales. De eso se trataba, de que no volvieran a levantarse. De lo contrario hubieran seguido avanzando.
Ahora sólo quedaba uno...
No obstante, Clark había vaciado ya por completo las balas de su cargador y tuvo que tirar la automática a un lado y disponerse a recurrir a la dureza de sus puños.
Así lo hizo, enfrentándose con decisión a aquel ser pavoroso y machacándole el hígado con contundentes golpes, consiguiendo, finalmente, que se doblara en dos y cayera de rodillas.
Pero cuando Clark creía haber pasado ya por lo peor, pues el doctor Brow y su ayudante no le inquietaban en exceso, se percató de que, verdaderamente, todo estaba tan mal como poco antes.
Por la misma puerta volvieron a aparecer otros seres como aquellos. Lo mismo que si los guardaran allí a docenas y pudieran disponer de ellos a su comodidad.
Con el gesto rabioso, furibundo, maligno, expresando un odio indecible, se abalanzaron hacia delante. Nadie parecía ser capaz de detenerles.

Clark comprendió que no podia contar con Victor Weey. Aterrorizado, despavorido, se apretaba contra la pared y no se veía capaz de nada más. En cuanto a Myrna, era sólo una muchacha.
Clark se dispuso, desde luego, a enfrentarse a aquellos monstruos. No podía darse por vencido así por las buenas. Ni, por descontado, pensaba hacerlo.
Pero aquellos seres, indudablemente personajes dignos de la más desenfrenada orgía, se abalanzaron, cayeron sobre Clark y terminaron por someterle.
—Bueno, amigo, nos ha dado mucha guerra, pero ya está en nuestras manos —el doctor Brow fue el primero en hablar.
—Por un momento —dijo el ayudante— he temido que pudiera con todos.
—Yo les aconsejaría que me trataran bien —repuso Clark, esforzándose por no perder la calma—. He avisado a la policía y no tardarían en llegar. Y ustedes tendrán que responder de sus actos...
—¿Ha dicho que ha telefoneado a la policía? —y el doctor Brow se echó a reír—. No le vale la mentira, señor Murray. Hemos cortado los hilos del teléfono. El teléfono, en consecuencia, no funciona. Mal, pues, ha podido usted llamar a nadie.
Clark se dijo que las cosas se habían puesto sencillamente fatales. Pero no quiso darse por enterado y prefirió decir:
—Estos seres no les obedecerían tan ciegamente si alguien les dijera que sufren de esa monstruosa anormalidad física por culpa de ustedes dos...
—¡Amarradle a la tabla! —exclamó el doctor Brow, con indudable precipitación.
—Ahora mismo —repuso el ayudante.
Por lo visto les había inquietado a ambos la posibilidad de que aquellos seres tan obedientes, tan autómatas, pudieran de pronto rebelarse.
Clark Murray, a pesar de sus esfuerzos, no pudo eludir lo inevitable. Fue colocado sobre el ancho madero, quedando sus muñecas y sus tobillos, poco después, sujetos por las correas. Pero se olvidaron de ponerle la mordaza, lo que había de significar una inestimable ventaja. Podría seguir hablando e intentar amotinar a aquellos monstruosos esclavos.
Sin embargo, el doctor Brow debió presumir esa posibilidad y les dijo, sin esperar a más, que se fueran. Les llamaría de nuevo si les necesitaba.
El detective miró a Myrna y a Victor Weey como diciéndoles que lamentaba no haber podido hacerlo mejor. Aunque ellos ya habían podido percatarse de que aquella avalancha de enemigos superaba toda posible previsión.

Victor Weey, ante la mirada de Clark, no reaccionó. ¡Se sentía tan despavorido, tan horrorizado...!
Pero Myrna encontró valor para intervenir:
—¿Qué van a hacer con él...?
—Depende de las órdenes que recibamos —le contestó el doctor Brow.
—¿Acaso no es usted el que manda aquí? —había de inquirir el propio Clark.
—No manda él, ni yo —dijo el ayudante.
—¿Quién, entonces...? —quiso saber Clark.
—Yo —repuso la voz que sonaba a ultratumba, a muerte.
—Y yo —añadió a su vez una voz dulce y armoniosa como un canto de ángeles.
Ahí estaba la muchacha de los largos cabellos rojos, ataviada con el vestido antiguo de color plateado.
—Dice, asegura que es lord Weey... —repuso Clark, dirigiéndose al armazón de hierro—, pero yo no lo creeré mientras no salga de esa maldita armadura...
—Es lord Weey —aseguró la muchacha pelirroja—. Y voy a demostrárselo.
Añadiendo el gesto a la palabra, se acercó a la armadura y empezó a desmontarla.
Primero quitó el yelmo, luego la gorguera, seguidamente la coraza y las escarcelas y acto seguido los guardabrazos.
Victor Weey se puso a jadear sobrecogedoramente. Sin poder contenerse, Myrna soltó un alarido espantoso. Clark fue el único que no exteriorizó su espanto.
En el interior de aquella armadura habían aparecido una ingente cantidad de gusanos. Gusanos que estaban acabando con la poca carne que aún quedaba allí dentro. En realidad sólo existían ya los huesos, el esqueleto.
—Hay que poner en marcha las cuchillas —la voz tenebrosa salió de entre aquella ingente cantidad de gusanos—. Quiero verle sufrir, señor Murray.
El doctor Brow y su ayudante se dirigieron hacia la palanca que, una vez accionada, haría que las cuchillas se pusieran en acción y marcaran un siniestro ritmo.
—¡No! ¡No! —gritó Myrna, y se antepuso a aquellos hombres, pero sabía que todo iba a ser inútil.
Victor Weey por su parte, también reaccionó, o al menos intentó hacerlo. Adelantó unos pasos y pidió piedad.
De pronto, sin embargo, sucedió lo más inesperado.
Clark Murray había conseguido desatarse de las correas que le aprisionaban Sus muñecas y los tobillos, y se había puesto en pie. Y

se precipitó sobre su pistola. Instantes después la había cargado de nuevo.

Pero los seres monstruosos, de cabeza enorme, descomunal, de gesto rabioso, furibundo, maligno, habían sido llamados de nuevo. Ya estaban otra vez allí.

Clark Murray volvió a disparar...

CAPITULO IX

Hacía más de una hora que Clark Murray había salido de su dormitorio, descendiendo la escalera, cruzando el vestíbulo y adentrándose en el despacho. Había estado leyendo el viejo manuscrito.
Oyó que alguien movía el pomo de la puerta y levantó la mirada.
Era Myrna.
—Le he oido salir de su habitación —le dijo ella—. He estado esperando que volviera, pero ante su tardanza, temiendo que le hubiera pasado algo malo...
—No me pasa nada malo —contestó Clark—, Simplemente, he estado leyendo este manuscrito. Acérquese, Myrna, vale más que le ponga al corriente de todo.
—¿De todo...? —preguntó.
—Esta tarde —le informó Clark— he estado en la consulta del doctor Savill.
—Es el doctor de la familia —dijo Myrna.
—Precisamente por eso.
—¿Y bien...?
—He ido a preguntarle por la salud psíquicomental del padre de Victor. Era él quien conducía el coche cuando cayó por un terrible abismo, dando vueltas y más vueltas de campana, ¿no es eso? Y como aquel trozo de carretera formaba una línea recta, y como además era pleno día, y como asi mismo no había niebla, ni llovía... Sí, ya sé que se dio por sentado que algo debió fallarle al coche... Pero, ¿por qué no pensar en que pudo fallarle algo al conductor?
—No le comprendo...
—El doctor Savill, ante mi insistencia y ante la gravedad de los hechos, me ha confesado la verdad. Cuando sobrevino el accidente, el padre de Victor padecía de un tumor cerebral, dolencia que en los últimos meses de su vida le estaba haciendo sufrir de terribles alucinaciones...
Myrna se había quedado con los ojos muy abiertos.
—Alucinaciones en las que veía a personas total y absolutamente inexistentes —repuso seguidamente e! detective—. Por lo demás, eran las suyas unas alucinaciones tan vivas, tan reales, que incluso se imaginaba los atuendos y oía perfectamente las palabras de sus imaginarios personajes... Y surgían en su mente, y en consecuencia en lo que él creía su realidad, hechos insólitos, desbordados, desquiciados, que le llenaban de espanto...
—Nunca supe nada de eso —repuso Myrna.
—Su esposa no quiso que se supiera, se obstinó en callar. Temió acomplejar a sus hijos, a Donald y a Victor, contándoles lo que le

sucedía a su padre. Todas aquellas alucinaciones se debían al tumor cerebral, así lo aseguraba el doctor, pero... Mire, Myrna, lo que pone aquí... —Clark indicaba una de las primeras páginas del viejo manuscrito—. Aquí pone...

La muchacha se acercó a la mesa, pero había de ser Clark quien leyera en voz alta:

—«Lord Weey solía decir, afirmar, que dentro de su armadura era invencible, y que en ella se veía capaz de todo, incluso de recuperar el movimiento después de muerto. Sobre todo si tenía cerca su espada...»

Myrna no dijo nada y el detective leyó otro párrafo, unas cuantas páginas más adelante.

—«Lord Weey se echó a reír de buena gana cuando supo el motivo que había provocado la muerte de un tal Maximiliano, su peor enemigo. El hecho había tenido, a su juicio al menos, bastante de gracioso. Maximiliano había muerto de miedo. Acudió al cementerio y vio allí, grabado sobre una lápida, su propio nombre... La impresión fue tan fuerte, tan violenta, que su corazón no pudo soportarlo.» ¿Se da cuenta, Myrna? —inquirió Clark seguidamente.

—Es lo mismo que, más o menos, le pasó a Victor —dijo esta vez la muchacha.

—También, lo que le he leído primeramente —observó Clark— encaja con lo que nos dijo Victor... Estaba durmiendo y le despertó la puerta de su dormitorio al entreabrirse. Al salir al corredor, vio a la armadura descender la escalera. La armadura, pues, había recobrado el movimiento... O lo había recobrado lord Weey, viene a ser lo mismo...

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó Myrna.

—Atienda esto... —y Clark le leyó lo siguiente—: «La voz de la muchacha era dulce y armoniosa como un canto celestial. Destacaba de ella sus largos cabellos rojos. Era adorable toda ella, con un cuerpo de ensueño y un porte de reina, algo casi irreal. Para aquel baile se había puesto un vestido de color plateado. Pero nadie podía amarla, era propiedad exclusiva de lord Weey.» Repare en los detalles —añadió Clark—. La descripción encaja exactamente con la que Victor nos hizo de la muchacha que le dijo ser la hija del guardabosques...

—Sí, es cierto —asintió Myrna.

—Por lo demás, aquí pone, escuche: «Lord Weey había encomendado a aquel sirviente la misión de vigilar a la muchacha. Ningún hombre había de acercarse a ella. De suceder, debería saberlo de inmediato. Aquel sirviente tenía el rostro picado de viruela...» ¿Se hace cargo, Myrna? Tenía el rostro picado de viruela. Como el que estaba grabando la lápida de Victor...

—Sí, igual. Resulta desconcertante.

—Yo diría significativo. Pero sigamos, oiga esto... —y Clark continuó leyendo en voz alta—: «Todos estaban convencidos de que existía un sótano secreto y de que en ese lugar se practicaban tormentos horribles, donde el morir se convertía en una agonía inacabable, sin fin, más allá de lo infrahumano. Un lugar, por otra parte, donde se decía que se hallaba recluido un hijo bastardo que lord Weey tuvo en sus años mozos. Un hijo varón, que nació anormal... Un caso que no tenía solución, aunque cierto brujo había dicho a lord Weey que se veía capaz de curar a su hijo, si bien, para conseguir su curación, tendría que abrirle la cabeza... Una cabeza, ya por aquel entonces, terriblemente grande...» ¿Comprendes, Myrna? También esto coincide con lo que Victor nos contó...
—Sí, sí —convino la muchacha, aunque seguía sin hacerse cargo de la situación.
—Continúo... —dijo Clark. Y siguió leyendo unas cuantas páginas más adelante—: «Resultaba inquietante la presencia del brujo. No sólo por las historias escalofriantes que se contaban de él, sino por su apariencia física. Era un hombre tan delgado que la piel parecía pegársele a los huesos. En cuanto a su ayudante, un hombre muy grueso...» Repare, Myrna, todo coincide de un modo sobrecogedor. El doctor Brow y su ayudante corresponden a tales descripciones...
—Sí, sí... —la muchacha asintió una vez más. No obstante, en esta ocasión insistió—: Pero ¿adónde quiere ir a parar?
—Quiero ir a parar —sentenció Clark Murray— a que Victor sufre de alucinaciones como su padre...
—¡No! —exclamó Myrna.
—Sí —dijo Clark—. Después de leer este manuscrito, la conclusión ya no puede estar más clara. Victor ha enfermado mentalmente y se forma a sí mismo, de un modo totalmente inconsciente, desde luego, su propia realidad... No, no se percata de que su subconsciente se puebla de extrañas visiones, de sucesos y de hechos inexistentes... No se da cuenta de que tales imágenes son la mera mezcla de síntesis de pensamiento, de temores profundos y de ensueños inconscientes... Y todo ello se convierte finalmente en una explosión desencadenada que engendra, inevitablemente, horribles visiones...
—No, no es posible... —musitó Myrna.
—Esas alucinaciones le explicó Clark — suelen afectar a todos los sentidos, olfato, tacto, vista, etcétera, y por lo regular guardan relación con una excitación patológica... El filtro del cerebro no funciona adecuadamente, menos aún ordenadamente; no excluye las anomalías, y la confusión, dentro del propio cerebro, impera del modo más absoluto, más radical...
—Que el doctor Savill te haya estado hablando del padre de Victor en los términos que lo ha hecho, no significa que... —pero se detuvo.

—Mucho me temo —repuso Clark— que las alucinaciones sufridas por el padre de Victor no se debieran exclusivamente a un tumor cerebral. Creo que el verdadero motivo de las mismas deberíamos buscarlas en algún factor hereditario... Sin duda, sospechando la verdad, o tal vez sabiéndola, su esposa quiso callar, no decir nada a sus hijos...
—De ser así —manifestó Myrna—, el padre de Victor debió sufrir alguna alucinación mientras conducía el coche y de ello que sucediera la tragedia.
—Sí.
En aquel momento oyeron una voz acongojada, unos auténticos jadeos, unos estremecedores gemidos. Venían del otro extremo del vestíbulo. Exactamente, desde el interior de la biblioteca.
—Es Victor —dijo la muchacha.
—¡Vayamos a ver! —exclamó Clark, precipitándose hacia la puerta y saliendo de allí seguido por Myrna.

* * *

Así que llegaron a la biblioteca, vieron a Victor junto a una de las librerías. Tanteaba los estantes, palpaba los libros, movía agitadamente las manos de un lado para el otro.
—Estoy seguro —murmuraba—, la entrada del sótano está por aquí. Tiene que estar por aquí... Pero no puedo asegurarlo. De pronto he dejado de encontrarme en el interior del sótano, ¡qué extraño! Tal vez me han dado en la cabeza con algo duro y he perdido el conocimiento. Ya lo hicieron otra vez... Sí, tiene que estar por aquí la entrada...
Oyó un ruido a sus espaldas y se volvió.
—¿Usted, señor Murray...? —se sorprendió al verle—. ¡Oh!, creía que seguía en el sótano amenazado por aquellos seres horribles. Me alegro que haya logrado escapar... Y tú, Myrna, también estás a salvo —sonrió a su prima—. ¡Qué alegría!
—El peligro ha pasado, no se inquiete más —dijo Clark, acercándose a Victor Weey.
—No, no ha pasado el peligro —con el rostro súbitamente contraído, demostrando miedo, mucho miedo, acababa de retroceder bastantes pasos—. De nuevo está aquí la armadura de lord Weey... De nuevo está aquí el propio lord Weey.
Con los ojos desorbitados miraba hacia el lugar donde, en realidad, debería haber estado la armadura. Pero en aquel momento, allí, en aquel lugar, sólo había un vacío.
—¿Lo ve, señor Murray? Ha vuelto la armadura; ha vuelto lord Weey... Se halla en el mismo sitio, como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, hace poco estaba en el sótano, dando órdenes. Pero, no, no

debo asustarme —sus palabras sonaban balbucientes—; ahora sé que lord Weey sólo es un montón de ingentes gusanos...
Habían aparecido Donald y Stewart. También Amanda. Esta acompañaba a Penélope.
—¿Qué sucede? —preguntó Donald.
—Me han llevado al sótano —dijo Victor Weey— y me han amarrado al madero, bajo las oscilantes cuchillas... De momento, por fortuna, no las han hecho accionar...
—Te veo muy trastornado —había una viva preocupación en el rostro de Donald.
—He estado aporreando la biblioteca, desde el otro lado, claro —Victor Weey empezó a explicarles lo que le había sucedido, o al menos lo que creía que le había sucedido—. Gritaba «socorro..., socorroooo», esperando que me oyerais. Pero me han cogido por ambos brazos y me han arrastrado, quieras que no, escaleras abajo. Poco después, aterrado, despavorido, me he visto junto al ancho madero, y antes de darme cuenta mis muñecas y mis tobillos quedaban sujetos por correas. Y por si esto fuera poco, ahí estaba la mordaza, con la bola de apretado algodón metiéndose inexorablemente en mi boca. Por suerte, lo que os decía, decidieron no poner en marcha las cuchillas. Me estoy refiriendo a esas cuchillas que penden del techo y oscilan de un lado para el otro como siniestros péndulos.
Se detuvo unos instantes. Resollaba. Faltaba oxígeno a sus pulmones. Pero consiguió respirar hondo a pesar de sus continuos jadeos y prosiguió:
—Al poco, he oído unas tenues y discretas pisadas, y al volverme he visto que allí estaba el señor Murray y Myrna... He comprendido que mis golpes a la biblioteca habían servido de algo... Sí, claro, en seguida me han soltado. Pero por la puerta por la que poco antes habían desaparecido el doctor Brow y su ayudante, han surgido, sin darnos tiempo a nada, unos monstruos horripilantes...
—¿Unos monstruos? —inquirió Donald, y miró a Clark Murray y a Myrna, sin duda para que le fuera confirmado aquello que acababa de oír.
No llegó tal confirmación.
Victor había de proseguir:
—Son unos seres cuyas cabezas resultan enormes, descomunales. Unas cabezas terriblemente desfiguradas, escalofriantemente deformes, con el gesto rabioso, furibundo, maligno...
—Debes tener fiebre —indicó Donald—. Cálmate, Victor...
—Eran muchos —continuó diciendo— y se han abalanzado sobre nosotros. Yo sólo he acertado a acabar con la espalda pegada a una de las paredes. Por suerte estaba allí el señor Murray... Se ha llevado

la mano a la axila, desfundando la automática y empezando a disparar... Pero no ha servido de mucho que acabara con cinco o seis de esos seres dantescos, han aparecido más y más... Tantos que han conseguido cogerle y colocarle en el ancho madero, bajo las cuchillas. Como me había sucedido a mí poco antes... Sin embargo, el señor Murray se las ha arreglado, aún no sé cómo, para soltarse de las correas que le sujetaban... Y de nuevo con la pistola en la mano, habiendo metido balas en el cargador... Pero a partir de ese momento —reconoció Victor Weey— ya no recuerdo bien lo que ha pasado...

Sin poder tragar saliva, unos y otros parecían estar preguntándose qué pasaba. Aunque ya estaba claro que Victor Weey deliraba.

—¡Ah, sí! —recordó de pronto—. Ha aparecido la armadura... Ha aparecido, pues, lord Weey... Y también la hermosa muchacha de los destellos rojos ataviada con un vestido de color plateado. ¿Queréis saber lo que hay realmente dentro de la armadura? —preguntó súbitamente—. Yo os lo diré. Sólo hay gusanos.

—Cálmese... —Clark Murray se había acercado a él—. Siéntese y repose unos instantes.

—¿Cómo voy a reposar —se negó a aceptar la sugerencia— si ahora, de nuevo, la armadura está aquí... ¡Miradla! ¡Miradla!

Todos miraron. La armadura no estaba.

—¡Y está avanzando! —gritó de súbito, mientras él retrocedía—. ¡Y sigue avanzando! Me quiere coger, me quiere matar... Para que sirva de lápida que hizo grabar para mí... ¡Ayudadme, que no me coja! Por favor, ayudadme... Se detiene de nuevo... Menos mal... Pero está ahí, ahí... ¡Miradla! ¡Miradla!

La armadura no estaba en ninguna parte.

CAPITULO X

Los acontecimientos se habían precipitado.
Victor Weey había sido ingresado en una clínica, donde sus familiares supusieron que, tras un tratamiento conveniente, se recuperaría.
Pero no había resultado así de sencillo. El paciente, víctima sin duda de una nueva alucinación, empezó a decir que le estaban devorando las llamas de un incendio, y lo cierto es que, para liberarse del atroz sufrimiento de aquellas inexistentes llamas, sólo se le ocurrió darse golpes de cabeza contra la pared. Golpes cada vez más fuertes. Terminó abriéndo se el cráneo.
No pudo hacerse nada por él. Sufrió un derrame cerebral y falleció poco después.
Y Donald, pues, se había quedado dueño de la fortuna de su hermano. Unico dueño de todo. Incluso, desde luego, de aquella mansión victoriana.
A partir de ese momento se ensombreció patéticamente la expresión de Penélope. Sabia lo que le esperaba. Nada, ciertamente, muy agradable.
Por lo que respecta a Stewart, asimiló aquella nueva situación mejor de lo que quizá podía esperarse. En principio, dejó de beber. Como si acabara de comprender que había llegado el momento de demostrar que valía más de lo él mismo pudiera creer.
En cuanto a Amanda y Myrna, resultaron las menos afectadas, aunque la primera se estuvo quejando en los primeros momentos de la mala suerte que habían tenido.
Sin embargo, todo aquello dejó de ser como suponían cuando Donald les reunió en el salón. Había deseado, por lo demás, que Clark Murray estuviera presente.
—Os he reunido —empezó a decirles— para que sepáis bien a qué ateneros...
—Te escuchamos —dijo Stewart, queriendo demostrarle que no se sentía amilanado.
—Di lo que sea —añadió Amanda con un medio suspiro.
—Por mí no te preocupes —repuso Myrna, y lo dijo sinceramente.
—Lo que hayamos de saber —agregó Penélope—, es mejor que lo sepamos cuanto antes.
—He estado reflexionando y he llegado a una conclusión —resumió Donald, cuyos rasgos parecían menos afilados, menos angulosos—: Todo debe seguir como hasta ahora. Exactamente lo mismo.
—¿Cómo has dicho...? —preguntó Stewart, creyendo que no había oído bien.
—Me cuesta de creer... —empezó a decir Penélope.
Amanda se había quedado con la palabra en la boca. De Myrna se

puede decir otro tanto.
Clark Murray no se mostró sorprendido. En realidad porque estaba esperándose algo parecido. Desde la muerte de Victor veía una mirada distinta, mucho más humana, en los ojos de su hermano.
—Todo debe seguir como hasta ahora —repitió Donald—. A Victor no le hubiera gustado que fuera de otra manera. Además, ¿qué iba a hacer yo solo con una fortuna tan cuantiosa?
Stewart fue el primero en avanzar hacia su primo.
—Gracias, Donald.
Penélope fue la segunda en avanzar. Extendió los brazos, tanteó en el vacío y sin tropezar llegó hasta el hombre que en otro tiempo la amó. ¿Seguiría amándole?
—Gracias, Donald —le dijo.
—Eres muy generoso —sonrió abiertamente Amanda, tras acercarse también a su primo—. Te quedamos todos agradecidísimos.
—Bueno, está visto que tendré que trabajar por gusto —comentó a su vez Myrna.
No mucho después, Clark Murray decidiría marcharse. Ya no tenía nada que hacer allí. Su misión había concluido.
—¿Me acompaña hasta el coche? —le preguntó a Stewart, así que se hubo despedido de los demás.
—Encantado —pero el rostro de Stewart se crispó un poco.
Ya fuera de la mansión, Clark quiso, no obstante, dejar las cosas claras. Pensó que, de lo contrario, iba a quedar por más tonto de lo que era. Y lo cierto es que se tenía por listo. Por muy listo, modestia aparte.
—He querido hablar con usted unas cuantas palabras...
—Dígame, señor Murray.
—Se ha dado por descontado que si la armadura desapareció de la biblioteca, de su lugar habitual, fue porque Victor la sacó de allí... Se ha dado por descontado, asimismo, que si apareció la muñeca manchada de sangre fue porque el propio Victor la metió en el cubo de la basura... En cuanto a que yo viera, a través de los cristales de la ventana del dormitorio de Victor, ir de aquí para allá a la armadura... Sí, también vi a la muchacha de cabellos rojos, con el vestido de color plateado... Nadie lo ha dudado, Victor debió encargarse de pagar a alguien para reforzar su propia ficción. Debieron guiarle, en tales circunstancias, eso suponen todos, instintos inconscientes que sólo su mente, trastornada por sus alucinaciones, podría explicarnos y justificar...
Clark Murray se detuvo al llegar a este punto, y Stewart comprendió que acababa de exponerle la primera parte. Ahora, sin duda, iba a hacer referencia a la segunda.
Efectivamente, el detective había de seguir hablando, en los únicos

términos que para él resultaban ya válidos.
—Yo no creo que fuera así. Fue otra persona, evidentemente, quien hizo que la armadura desapareciera de la biblioteca y quien metió la muñeca en el cubo de basura. ¿Quién lo hizo? Sencillamente la misma persona que, el día que yo volvía del cementerio, hizo que una piedra de respetables dimensiones estuviera a punto de caerme encima...
—¿Eso le sucedió? —inquirió Stewart con un tono de sorpresa muy poco convincente—. No sabía nada.
—Hubiera actuado de otro modo —repuso Clark— de creer que esa persona quiso acabar conmigo. Pero me inclino a suponer que todo lo que quiso hacer es asustarme... Debió pensar que, si me asustaba, me tentaría la idea de abandonar el caso. Desde luego, demostró no conocerme. A mi no se me asusta fácilmente. Ni de ninguna manera —aclaró.
Stewart abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla sin haber pronunciado palabra alguna. Había comprendido que estaba en manos del detective.
—¿Qué era, en realidad, lo que esa persona temía? Me lo pregunté una docena de veces, y la respuesta, finalmente, llegó. . Temía que yo me diera cuenta de que Victor Weey estaba enfermo... Y claro —concluyó Clark—, una vez deducido esto, me costó ya poco sacar a flote la verdadera identidad de esa persona...
Stewart no se atrevió a oponer nada.
—¿A quién, de los habitantes de la mansión le interesaba más que Victor Weey siguiera disfrutando de una excelente salud mental y física? Pues a usted...
Stewart siguió callando.
—Acogido en la mansión por la bondad de su primo Victor y amparado por su generosidad económica, ni a usted ni a Penélope les faltaba nada. Algo muy distinto de lo que les sucedería si la fortuna iba a parar a su hermano Donald... —Y agregó seguidamente—: Llegada la ocasión, Donald ha demostrado ser también muy bueno... Pero no, usted entonces no sabía eso... Y para convencerme a mí de que Victor no veía visiones, de que cuanto contaba era auténtico, para que yo no recelara de su estado mental, se le ocurrió hacer que la armadura desapareciera y que se encontrara la muñeca en el cubo de la basura...
Dicho esto, Clark Murray quedó a la espera de lo que dijera su oponente.
—¿Serviría de algo, señor Murray, que yo negara las culpas que usted me imputa? —pero más que preguntárselo al detective, Stewart pareció estar preguntándoselo a sí mismo.
—No le serviría de nada —contestó Clark.

—Me lo estaba imaginando...
—No debe preocuparse. No es mi intención delatarle ahora. Pienso seguir callando.
—No sé cómo agradecerle que sea tan tolerante y a la vez tan humano conmigo. Nunca lo olvidaré, créame.
—Lo he hecho por su esposa, por Penélope.
—Sí, claro.
—Si usted hubiera ido a parar a la cárcel, ella se habría quedado demasiado sola.
—Comprendo —y preguntó seguidamente—: Dígame, por curiosidad, ¿cómo, de pretenderlo, se las hubiera arreglado usted para demostrar que fui yo...?
—Muy sencillo —contestó Clark—. Con analizar su sangre... En el acto hubiera quedado demostrado que se trataba de la misma sangre de la muñeca... O quizá hubiera bastado para que usted confesara —añadió Clark—, echar un vistazo a su brazo. Seguro que se hubiera encontrado una señal... La señal de un pinchazo, de una aguja con la cual, está muy claro, se sacó la sangre... Sí, no fue una mala idea la suya... Sabía de sobras que yo mandaría a analizar la sangre que había en el vestido de la muñeca para saber exactamente si era o no humana... Que lo fuera, constituyó una baza importan te a favor de las historias que su primo Victor contaba...
—Resulta ridículo que pretendiera valer más que usted. Ahora me doy cuenta, señor Murray.
—Además, fue usted quien pagó al joven sepulturero para que se metiera dentro de la armadura y apareciera en el momento idóneo... Como pagó a la sobrina del posadero, a la que, por lo visto, le compró un vestido de color plateado... Para que todo se acoplara, para que todo encajara convenientemente... Pues bien, con hacer hablar a esa pareja... Eso no suele costar demasiado cuando los propios interesados se percatan de que el asunto es grave y de que por unas libras se han comprometido demasiado.
—Ya veo, no hubiera tenido salida. Se lo ruego, permítame que le exprese lo que siento...
Se le veía tan agradecido que Clark Murray se emocionó.
—Bueno, olvidemos todo eso —acababa de interrumpirle—. Y hágame un favor...
—¿Yo a usted? —se sorprendió Stewart.
—Vuelva al salón y dígale a su prima Myrna que deseo despedirme de ella. Ya lo he hecho, en presencia de los de más, pero la verdad es que desearía hacerlo a solas.
—Me hago cargo —dijo Stewart, y se vio venir una boda.
Un par de minutos después, Myrna estaba allí, al lado del detective. Stewart le había dicho, simple y llanamente, que fuera a su encuentro.

—¿Desea algo de mí? —le preguntó la muchacha.
—Sí —dijo Clark.
—¿De qué se trata...? —se estaba haciendo ilusiones, pero no quería demostrarlo por temor a llevarse un chasco.
—Tengo que irme, me reclama el trabajo —repuso Clark—, Dejé pendientes varios casos importantes, ¿comprende? Pero pienso regresar así que pueda. Espero, Myrna, que le agrade volver a verme.
—Me encantará tenerle de nuevo aquí —aseguró la muchacha.
—Hasta entonces —sonrió Clark— no debe aceptar invitaciones de otros hombres. Soy muy celoso.
—De acuerdo —y Myrna le devolvió la sonrisa mientras sus ojos irradiaban felicidad.

CAPITULO XI

Aquellos días se le habían hecho a Clark inacabables. Estaba deseando encontrarse de nuevo junto a Myrna.

Afortunadamente, ya se había quitado de encima el trabajo que tenía. Al menos el más importante, el que no admitía espera.

Así, pues, Clark Murray se hallaba dispuesto a ponerse al volante de su coche. Estaba haciendo ya los últimos preparativos. No tardaría en encontrarse de nuevo en la victoriana mansión de los Weey.

Al salir de su apartamento y pasar por el portal, abrió el buzón de las cartas y echó dentro una mirada por si había algo.

Había una carta.

Rasgó el sobre y desplegó el papel que contenía. Había de leer a continuación:

«Señor Murray:

»Venga a mi encuentro antes de que sea demasiado tarde. Necesito de sus servicios, de su profesionalidad.

»Se preguntará qué sucede. Pues sucede que el espanto se me está metiendo dentro del cuerpo. No sin motivo, créame. Cada día suceden ante mis propios ojos sucesos más espeluznantes... Sucesos que, por lo demás, sólo acontecen cuando estoy solo, cuando nadie me acompaña. Se estará imaginando que, como mi pobre hermano Victor, debo estar sufriendo de alucinaciones. Le aseguro que no es así. Estoy en pleno uso de mis facultades mentales.

»Venga lo antes posible, se lo ruego. Venga y tiéndame una mano. Creo que alguien de mi familia pretende desquiciarme, desequilibrarme, para que luego le resulte más sencillo enviarme al otro mundo.

»¿De quién sospecho...?

»Se lo diré cuando le vea.

»Donald Weey.»

F I N